

Introducción a la MAGIA

Franz Bardon



COLECCIÓN
AÑO CERO

Querido lector:

**Si quieres saber más de la ciencia de la magia,
presta atención a las obras de *Franz Bardon*.**

**Con el sistema mágico científico de *Franz Bardon* se puede
alcanzar la iniciación mágica sin la ayuda de un profesor,
maestro o Gurú personal**



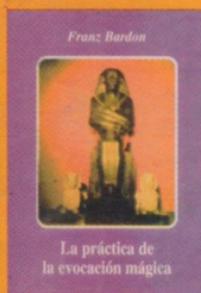
Novela ocultista basada en la biografía de Franz Bardon donde se ve la lucha inexorable de los Magos de la Magia Blanca contra los de la Magia Negra y descubre las prácticas más secretas de las logias negras



Un curso de instrucción de magia científica en diez etapas. Teoría y práctica para una iniciación mágica.



Los secretos más profundos del misticismo cabalístico y sus fórmulas mágicas expuestos de una forma totalmente comprensible y popularizada, fácil de comprender tanto en la teoría como en la práctica.



Un curso progresivo para estudiantes de magia. Con métodos científicos y una explicación actual el mago es guiado para entrar en contacto con los Seres-Espiritus de la Jerarquía.

**Te rogamos que compres o encargues los libros a tu
librero, o que como último recurso para ello nos escribas
a la siguiente dirección o llames por teléfono:**

Editorial Mirach, S.L.

Apartado de correo nº 77

Tif. 91. 593 37 35

28670 Villaviciosa de Odón (Madrid)

COLECCIÓN
AÑO CERO

Introducción a la magia

Teoría

Textos de Franz Bardon
Selección y prólogo: Luis García La Cruz

Editado por acuerdo con



EDICIONES MIRACH

Biblioteca Año Cero
Edita América Ibérica S.A.
Redacción, Publicidad y Suscripciones:
C/ Miguel Yuste 26.
28037 Madrid.
Tel (91) 304 55 42. Fax (91) 327 24 02.

Filmación: Lumimar.
Imprime: Rivadeneira, S. A.
Depósito legal: M. 13.848-1999.

Distribución España
DISPAÑA S.L.
Tel: (91) 417 95 30.

Distribución Argentina
Importador Editorial Conosur S.A., Av. Belgrano 355 P. 10 (1092).
Buenos Aires. Tel: 541 342 90 29 72 72 68. Fax 541 342 90 25.
Distribución capital: Vaccaro Sánchez Cía.
Moreno, 794-9° (1091) Buenos Aires.
Distribución interior: Distribuidora Bertrán, S.A.C.,
Avda. Velez Sarsfield , 1950 (1285)Buenos Aires.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© by Editorial Mirach, S.L. 1994, 1995, 1996.
Apto. Nº 77, Villaviciosa de Odón, Madrid.

El material de este volumen ha sido extraído de los siguientes libros de Franz Bardon:
Iniciación al hermetismo, La clave de la verdadera Cábala y La práctica de la evocación mágica, publicados en español por Editorial Mirach S.L..

Este libro no puede ser vendido. Se entregará de forma gratuita con la revista Año/Cero.

Índice

1. **Prólogo**
2. **Iniciación al hermetismo**pag 25.
3. **La clave de la verdadera Cábala**pag 50.
4. **La práctica de la evocación mágica**pag 67.

Prólogo

Antes de pasar a la presentación de la selección de textos y del autor que hemos escogido para este primer libro de *Introducción a la magia* de la Colección AÑO/CERO, debemos introducir al lector, aunque sea brevemente, en un tema que, despojado de su contexto, no resulta en absoluto comprensible. Un tema que, además, ha sido deformado y maltratado, frivolidado y manipulado, hasta proyectar una imagen de total confusión. El resultado es que, si bien se ha escrito y hablado sobre magia profusamente en los últimos años, en general el lector medio sin ninguna información previa ha carecido de introducciones breves, documentadas y fiables, para responder de forma escueta pero suficientemente clara a la pregunta de qué es, en qué consiste y para qué sirve, así como para lograr hacerse una idea básica para decidir, con un conocimiento mínimo de causa, si el tema le interesa lo bastante como para profundizar más o no.

No obstante, del interés e importancia de la magia no cabe albergar dudas. Ésta no es sólo materia de estudio para el antropólogo, el historiador, el psicólogo o el sociólogo; constituye, también, una tradición que ha sobrevivido a todas las culturas, desde la antigüedad, y que, aparte de estar todavía bien viva a finales del siglo XX, manifiesta el favor de un creciente interés por parte del público en general.

Si bien el pensamiento mágico es tan antiguo como el hombre mismo y ya podemos encontrarlo como forma de entender la realidad y relacionarse con ella en la primitiva religiosidad animista, en este contexto sólo nos ocupamos de un fenómeno histórico muy concreto y datable, con exclusión de las manifestaciones populares del pensamiento mágico. Lo que llamamos magia occidental, en esta brevisi-

ma introducción al tema, es una tradición dos veces milenaria que sostiene una visión de la realidad del todo extraña a la cultura racionalista del hombre moderno. Sin embargo, no se trata de un exotismo perpetuado por una minoría de excéntricos, sino de un saber o arte atesorado y transmitido a través de una tradición y que, a lo largo de los siglos, ha sido estudiado, empleado e investigado por muchas de las figuras más prestigiosas de nuestra cultura científica, humanística y artística

En lo que atañe a la cultura científica, la magia cuenta con una larga tradición de personalidades que la practicaron, o bien se interesaron seriamente en ella. Desde Paracelso, uno de los grandes precursores de la moderna medicina y farmacología y el pionero en infinidad de campos, como, por ejemplo, la consideración del principio activo de los fármacos como principal factor terapéutico, hasta el astrónomo Edwin Hubble, que puso la base fundamental de la evidencia observacional para la teoría del Big Bang en nuestro siglo. El primero, ocultista notable y autor de una *Filosofía Oculta* paradigmática, fue un mago en toda la línea. El segundo, un apasionado investigador de la cultura esoterista y de los sistemas mágicos.

Pero no se trata de acumular nombres de celebridades, sino sólo de apuntar el hecho de que, a pesar de su mala prensa y peor fama, la magia ha sido materia de investigación y reflexión por parte de las élites europeas de todos los tiempos, con una continuidad ininterrumpida y documentable desde el advenimiento de la modernidad.

La magia occidental culta, a la cual nos referimos, puede ostentar una impresionante lista de nombres célebres en todos los campos del conocimiento, si no como practicantes, sí como analistas dedicados a estudiar a fondo sus axiomas y afirmaciones sobre la realidad. No es para menos si consideramos que muchos rituales mágicos son dignos precursores del moderno psicodrama que propugnan algunas escuelas

del psicoanálisis, así como su cosmovisión sostiene, desde hace milenios, algunas afirmaciones cuya profundidad llena de admiración al hombre culto de nuestro siglo.

Qué es la magia

Básicamente, podemos definir la magia como un conjunto de teorías místicas y prácticas rituales que sólo adquieren sentido a la luz de una cosmovisión que postula otro concepto distinto del mundo y del hombre. No es, por lo tanto, raro que al hombre medio le resulten ridículos, cuando no disparates delirantes, los gestos rituales del mago, o su estrafalaria forma de vestir y de percibir el cosmos, por no mencionar sus creencias. Nada de lo que éste cree o hace puede ser entendido si no se tiene en consideración la teoría de la realidad que está en el origen de esos gestos rituales, creencias y estilo de vida.

El primer postulado del pensamiento mágico es que todo fenómeno, físico o psíquico, es forzosa-mente el efecto de una causa, así como causa generadora de nuevos efectos. Ésta es una ley universal. Ninguna causa puede ser privada de su efecto. En el concepto de *Karma*, por ejemplo, podemos apreciar cómo esta legalidad opera en todos los planos, tanto a nivel de lo fenoménico como de lo psíquico y espiritual.

Esta ley permite comprender buena parte de las prácticas mágicas. Así, por ejemplo, todo fenómeno implica una carga de energía y una liberación de esa carga en el efecto que le es propio. Si se bloquea el cauce normal de la energía que libera el fenómeno, de tal forma que se impide que éste desemboque en su efecto natural, esa energía que no puede suprimirse puede desviarse y generar un efecto distinto. La magia pretende, desde el conocimiento de este tipo de relaciones, alcanzar el control de esta energía y la habilidad de dirigirla, conforme a la voluntad del mago y para satisfacer sus propósitos.

Estas energías que liberan los fenómenos de cual-

quier tipo, incluyendo especialmente el plano mental, dado que la actividad psíquica que llamamos pensamiento también supone una carga y libera una energía específica que se materializa en un efecto, presentan distintas calidades y funciones, según el principio universal fundamental del cual se hayan originado. Así como los distintos planos de realidad corresponden a una jerarquía de niveles, también existe una jerarquización de energías.

El segundo gran postulado del pensamiento mágico es la denominada ley de las correspondencias, o de las grandes analogías. Ésta viene a afirmar que todos los elementos de un plano cualquiera de realidad están vinculados también causalmente con sus elementos correspondientes de todos los otros planos que configuran el cosmos creado. No sólo todos los niveles están relacionados por este vínculo, sino que cada plano o nivel de realidad tiene, en última instancia, la misma estructura o forma. A la estructura y forma del macrocosmos (gran mundo), corresponde con precisión la estructuración de los elementos que configuran el microcosmos (el hombre). Dios creó al hombre a su propia imagen y dio a la Creación, considerada como un Todo único, la misma estructura humana. En este marco debe situarse la afirmación de que el alma del hombre es como un espejo mágico del universo y por eso cada uno (Universo creado y alma) se encuentra y reconoce en el otro.

Si exceptuamos de lo dicho la afirmación religiosa, la cosmovisión mágica es una filosofía que propone una visión holística y antropomórfica del universo. En este aspecto, su base teórica resultará menos extraña si se la considera a la luz de la perspectiva científica que ha generado el holismo en nuestro siglo, o de las reflexiones que se han hecho y se hacen filósofos y científicos, desde las evidencias aportadas por la moderna física cuántica, sobre la verdadera naturaleza de lo que llamamos realidad.

Es decir, si bien la base teórica de la magia puede

resultar disparatada para la perspectiva profana y cientificista dominante, más propia no obstante del materialismo mecanicista del siglo XIX que de la ciencia del nuestro, sus postulados no están reñidos, sino todo lo contrario, con determinadas evidencias experimentales de la física cuántica, o con el *principio antrópico*, que el físico Paul Dirac formuló en 1931 y que viene a decir que el hombre justifica el universo, en la medida en la cual «el universo siempre ha evolucionado de la única forma que podía evolucionar para generar una forma viviente inteligente como la humana».

No obstante, a diferencia de la ciencia moderna (sin desconocer tampoco en ésta aproximaciones tan significativas como la hipótesis Gaia de J.E. Lovelock, o el referido *principio antrópico* en su versión fuerte), la magia considera al universo como un ser vivo en sentido estricto, no como simple metáfora.

La cosmovisión mágica

El aspecto visible de este ser viviente, su apariencia y estructura material, concreta y sensible, oculta la verdadera naturaleza de los poderes que lo controlan, que a través suyo se expresan y que incluso vehiculan sus propósitos. Es decir, la hipótesis Gaia afirma que la Tierra se comporta y reacciona como lo haría un organismo viviente. La magia, en cambio, sostiene que es viviente y que posee un espíritu planetario, como por otro lado atribuye a todo planeta y estrella. En el universo creado todo es forma y toda forma es viviente.

El origen de este concepto del mundo, en lo que atañe a la magia occidental, se remonta a los textos herméticos de la fase tardía del Imperio Romano. Estos textos, que tienen por protagonista a Hermes Trismegisto (el tres veces grande), se presentan como diálogos entre divinidades, a la manera de los *tantras* orientales. Hermes, que es la versión helenística del dios egipcio Toth, deidad que presidía la ma-

gia y la escritura, aparece en estos textos con otros antiguos dioses egipcios, como Tat e Isis, la diosa ve- lada de los misterios, así como con personajes divini- zados, como Imhotep, sumo sacerdote y mítico mé- dico y arquitecto, que vivió en la primera mitad del IV milenio a.C. En este sentido, la literatura hermé- tica, que es la que más ha influido en la configura- ción de la cosmovisión de la magia occidental, reco- ge la tradición varias veces milenaria de la antigua religión mágica egipcia a través del legado de la Gnosis pagana, que floreció en Alejandría hacia el siglo II a.C.

Estos textos provenientes de los primeros siglos de nuestra era cristiana, recopilados en obras como el *Corpus Hermeticum* (traducido por Marcilio Ficino y publicado bajo el mecenazgo de Cosme de Médicis en el siglo XV), constituyen la piedra angu- lar de la cosmovisión mágica occidental, que desde su origen es fuertemente dualista.

Más tarde incorporará la tradición de la Cábala hebraica (la gnosis judía, cuyo pensamiento mágico floreció también entre los siglos II a.C. y II d.C.), la teúrgia egipcia (ritos místéricos orientados a la invo- cación de espíritus, fuerzas y dioses, así como a su control) y la filosofía dualista de Platón, sobre todo a través de los neoplatónicos griegos, como Proclo o Aristarco de Atenas, que mostraron en sus escritos el respeto y la credibilidad que les merecía la teúrgia y sus fórmulas mágicas. A estas aportaciones habría que añadir también la gnosis cristiana y el misticis- mo cristiano de los primeros siglos de nuestra era, así como las aportaciones que supusieron los grimo- rios medievales, auténticos recetarios mágicos naci- dos de ese sincretismo entre cultura pagana encu- bierta y cristianismo herético, que se fraguó en el marco de la cristiandad.

En el siglo XIX esta cultura integraría los legados mágicos de otras culturas antiguas del Mediterráneo oriental, así como de culturas contemporáneas orientales. En el siglo XX, la voluntad integradora

haría una labor similar de síntesis con las tradiciones afroamericanas, polinesias, etc. No obstante, estas nuevas aportaciones sólo tendrían la consecuencia de confirmar, en otros códigos simbólicos, los mismos axiomas sobre la verdadera naturaleza de lo que llamamos realidad y los postulados fundamentales que ya estaban bien consolidados en el marco de la cultura mágica occidental. Sobre estas bases y legados construyó la magia europea moderna su concepto e imagen del mundo y el hombre.

La unidad corresponde al Creador, que a través de sus emanaciones, proyectadas a través de la palabra o hálito, crea mediante sucesivas mediaciones la variedad del mundo. Como vimos, esta Creación tiene un diseño que puede resumirse en el axioma de la *Tabla Hermética o Esmeralda*: «lo que hay arriba es como lo que hay abajo».

El hombre ocupa un lugar intermedio en la jerarquía que resulta de este modelo de Creación. Por encima de él y de su voluntad también actúan seres y fuerzas sutiles, que representan niveles espirituales superiores, con mayor poder y control sobre el espacio y el tiempo. También hay inteligencias inferiores, que corresponden a niveles de menor desarrollo espiritual.

Por otro lado, estos universos paralelos pueden interactuar entre sí. No sólo lo que ocurre en un plano incide en los otros, así como un plano (por ejemplo, el espiritual, o el mental) preside a otro (el fenoménico), sino que es posible, mediante fórmulas determinadas, comunicarse con seres o con fuerzas provenientes de otros planos, invocarlos y valerse de ellos para los propósitos del operador. Los teúrgos, por ejemplo, tenían fórmulas denominadas «encantamientos bárbaros» (auténticos *mantras*) para invocar espíritus de otros planos y conjurarlos, animando con ellos incluso las estatuas, que así devenían «vivos» y cargadas de poder.

En este punto, hay que recordar la ley de las correspondencias para entender muchas prácticas má-

gicas. Así, por ejemplo, Venus, o cualquier otro dios pagano, no sólo existe en un plano de realidad como persona divina, sino que se asocia indisolublemente a determinado principio cósmico o cualidad metafísica (la belleza en este caso), así como a una flor concreta (la rosa), a un planeta, a un color, al número cinco, etc., configurando así una intrincada red de simbolismos evocadores, que el mago tiene en consideración cuando opera, dado que a la luz de esta imagen del mundo es posible, al menos en principio y teóricamente, actuar sobre uno de los elementos incidiendo en el elemento correspondiente de un plano distinto.

Nada es gratuito ni azaroso para esta visión del mundo. Lo que para el hombre profano son causas últimas, para el iniciado en la magia no son sino consecuencias de causas sutiles que escapan a la percepción y a la perspectiva intelectual y racionalista.

Es decir, no estamos ante un simbolismo convencional. Para el mago, el vínculo que asocia al planeta Marte con el color rojo y con los valores viriles del guerrero, no son el resultado arbitrario del significado que él otorga a determinados símbolos y que podría modificar sobre la base de un nuevo consenso, sino que constituyen una legalidad inherente al diseño del mundo.

Por eso, cuando el mago opera ritualmente cada detalle está cuidadosamente previsto, desde el color del hábito hasta la disposición de cada una de las herramientas o instrumentos mágicos. No por una razón simplemente ceremonial, sino por una razón profundamente ritual. Como observa uno de los grandes iniciados contemporáneos, Kenneth Grant, en *The magical revival*, lo que define la eficacia mágica del ritual es el mismo principio que decide también la solidez de un poema, la viabilidad de una ecuación matemática o la perfección estética de una sinfonía: la coherencia interna del sistema que se representa. Es esta coherencia la que exige, como en el ejemplo antes referido, que el mago que celebre un

rito relacionado con Marte vista de rojo, ostente joyas emblemáticas del rojo como el rubí, etc. Está creando un sistema que declara abolido el azar, que pretende generar un ámbito de realidad distinto desde el cual entre en comunicación con seres y fuerzas de otros planos o dimensiones cósmicas. De modo que deberá escoger con cuidado tanto el espacio y la configuración del sistema, como el momento en que deba realizarse, la disposición astrológica, etc.

No obstante, sería un error creer que el mago que así opera, con tantos escrúpulos rituales, cree que esa simple disposición física y su dinámica ceremonial tienen alguna eficacia mágica. La clave de la eficacia hay que buscarla en la psique del mago, que incluso puede diseñar sus propios rituales sobre el mismo principio de coherencia interna del sistema. Pero éstos son medios para facilitar el verdadero trabajo de integración psicológica, de apertura mental, de actitud adecuada para plasmar una imagen mental lo más clara y precisa posible (*imaginación mágica*) y de lanzarla en una determinada dirección después (*voluntad mágica*), con el objetivo de que produzca el efecto concreto que el mago desea.

La clave de la eficacia mágica siempre reside en la imaginación y en la voluntad del mago y, como se ha hecho, es posible asimismo explicar el fenómeno en términos de psicología moderna. En este sentido, por ejemplo, la apertura de las puertas del Infierno (para la cual se emplea la *Goetia*, o magia de lo tenebroso), puede entenderse como desbloqueo y exploración consciente del inconsciente, traduciendo cada una de las categorías de la tradición mágica a categorías propias de la moderna psicología.

Para el mago se trata de una falsa alternativa. En último término, la cuestión de si el ser invocado existe sólo como realidad subjetiva, o también como ente objetivo, no tiene solución desde el punto de vista intelectual, dado que siempre que hablamos de un objeto o ser cualquiera nos referimos a la unión (o *yoga*) de un objeto y un sujeto en el campo de nues-

tra conciencia. Como establece el principio de *intencionalidad de la conciencia*, no hay objeto sin sujeto ni sujeto sin objeto. En suma, la tradición mágica ya había resuelto este tema mucho antes de que E. Husserl, el padre de la moderna fenomenología, estableciera, en el prólogo de sus célebres *Lecciones Lógicas*, que la verdad no puede definirse como la adecuación de un sujeto y un objeto, puesto que nadie puede salirse del sujeto para juzgar objetivamente la viabilidad de la hipótesis de la supuesta adecuación. De ahí que Husserl definiera la verdad como «la vivencia profunda de una vivencia». Esto es: esos seres existen para el mago como seres trascendentes, si éste cree en la trascendencia, o sólo como arquetipos de su psique profunda si no cree en esa trascendencia. Cada uno puede escoger, en este sentido, la respuesta que prefiera, aunque importa que tenga siempre en cuenta que no existe forma racional y lógica de resolver, de forma definitiva, semejantes cuestiones gnoseológicas.

La capacidad creadora

Originariamente, para la perspectiva de la cultura mágica, la relación o vínculo entre el nombre y la cosa nombrada no tenía nada de convencional, aunque la perversión humana acabó por deteriorar este vínculo causal que asociaba de forma íntima el nombre y la cosa nombrada. La palabra original, obtenida mediante revelación, o legada crípticamente a través de la tradición secreta en fórmulas rituales, está cargada de poder atractivo, evocador e invocador de las realidades concretas que designa y que pertenecen a otro plano de realidad que le está subordinado.

En la misma línea, para esta cosmovisión la imaginación y la voluntad humana es portadora de una fuerza tan real y operativa como la corriente eléctrica. Precisamente, el adiestramiento del mago consiste en aprender a concentrar, dirigir y controlar esa fuerza mental para conseguir efectos en el mundo fenoménico. La psique humana tiene, a imagen del

Creador, la capacidad de crear realidad mediante la fuerza del pensamiento, a través de una técnica adecuada que se simboliza en la palabra cargada de poder por la voluntad del mago. Del mismo modo, también están cargadas de poder, o pueden cargarse de poder, determinadas configuraciones gráficas, como las geometrías místicas, signos, talismanes, amuletos, configuraciones fonéticas, etc.

Aspectos del mundo mágico

Si nos remitimos a los clásicos de la magia culta occidental, como Paracelso en el siglo XVI, o Eliphas Levi en el siglo XIX, este universo jerarquizado que hemos reseñado está totalmente impregnado por una energía sutil denominada *Luz Astral*.

Esta energía sutil carece de forma, pero puede ser moldeada por la voluntad y la imaginación de la inteligencia humana, o de otras inteligencias no humanas. Es, asimismo, el medio físico a través del cual se transmiten todos los fenómenos de cualquier naturaleza, conforme al principio universal de causalidad que definimos como el postulado básico de la magia.

Éste es un concepto importante, dado que implica una teoría explicativa de muchos fenómenos paranormales (el mismo Eliphas Levi concebía a muchos médiums espiritistas como «magos naturales»). La voluntad humana, entrenada y aplicada correctamente, no sólo puede moldear la *luz astral*, sino incluso hacer que se manifiesten como visibles elementos semimateriales, o se condensen en formas visibles seres de otras dimensiones o planos. Por otra parte, se trata de un elemento fundamental de la cosmología mágica, como ocurre con el principio que se expresa en el concepto de éter.

La importancia y la capacidad creadora de la mente humana pueden resultar inquietante en este marco. Así, por ejemplo, Levi, como otros representantes de la *alta magia*, consideraba que el fenómeno del vampirismo derivaba de esta capacidad creadora. Al masturbarse, por ejemplo, la energía orien-

tada a la creación de la pareja imaginaria generaba, en su concepto, al *súcubo* o al *íncubo*, que, a su vez, se nutría de la fuerza vital de la persona que lo había engendrado y se hacía más fuerte, dominante y vigoroso, en la misma medida en que reclamaba, mediante el deseo, el mantenimiento del suministro energético que lo dotaba de realidad en el plano mental. En este sentido, se erigía en un vampiro de la fuerza vital humana a través de una de las fuentes de energía más poderosas para este pensamiento: la energía sexual, que es la que corresponde, en el hombre, a la energía creadora de los dioses.

Tipos de magia

Al introducir el término *alta magia* se impone una última consideración, antes de pasar a la selección de textos y al autor escogido para presentar esta primera entrega del tema. De las clasificaciones o tipologías sólo mencionaremos la más general, con la finalidad de completar esta brevísima aproximación al tema. Magia, como insisten todos los grandes iniciados, sólo hay una. No obstante, en general se ha hecho clásica una distinción conceptual en función de los objetivos que persiguen los operadores o magos.

Por *pequeña magia* se entienden aquellas operaciones orientadas a conseguir determinados logros prácticos en la vida cotidiana: el amor de alguien, fortuna y posición social, su enfermedad, desgracia o muerte, su protección o su cura de una dolencia, etc. También se ha difundido mucho la distinción, en este apartado, entre *magia blanca* (medicinal, benéfica) y *negra* (de maleficio).

Por *alta magia*, en cambio, se entiende el conjunto de teorías y prácticas rituales orientado a la realización de una alquimia interior, de un desarrollo psíquico y espiritual que eleve al operador o mago de su condición humana ordinaria y lo ponga en camino de acceder a planos de realidad superiores, con un control mucho mayor que el que tiene sobre el espacio y el tiempo. El objetivo de la denominada *alta*

magia es, por lo tanto, el crecimiento interior con vistas al acceso del ser a dimensiones más sublimes de la Creación.

Sin duda, la *alta magia* es la más ambiciosa y también la más peligrosa de las prácticas mágicas. El laboratorio del mago es, en este caso, su psique. Los ritos, orientados a conseguir el desbloqueo del inconsciente para hacerlo consciente y, al decir de Jung, «vivirlo como si fuera real», implican la exploración lisa y llana de los estados alterados de conciencia, incluyendo cuadros muy próximos a los estados alterados que corresponden a muchas psicosis. Al decir de los más cualificados iniciados modernos, como Kenneth Grant (*The magical revival*), discípulo personal de Aleister Crowley, en este proceso no son raros los episodios psicóticos y el riesgo de locura transitoria o permanente es muy elevado, sobre todo para los ritos de iniciación que corresponden a los grados superiores. También Franz Bardon, el autor que hemos elegido para ilustrar esta introducción, piensa lo mismo de algunos métodos de exploración del inconsciente, que aconseja no seguir.

Importa advertir al lector que no se trata de una exageración y que lanzarse a la práctica ritual sin una adecuada preparación espiritual y psicológica implica un riesgo bien real de desintegración psíquica que nunca será suficientemente sobrevalorado. Hay, en este sentido, algunos ritos concretos, previos a la obtención del grado de *Magus* en las jerarquías iniciáticas de mayor solera de nuestro siglo, como el denominado *Juramento y Prueba del Abismo*, que suponen sin más la exploración de los estados correspondientes al delirio psicótico. Entre los pocos iniciados que han realizado este tipo de trabajos mágicos el porcentaje de episodios de locura es considerable.

Nada tiene de raro que mueran bajo las garras de los leones más cazadores y domadores de leones que banqueros. Tampoco piensa nadie que esto signifique que los banqueros son mucho más fuertes y há-

biles con los leones que los cazadores y domadores. Como todos sabemos, son éstos quienes resultan más fuertes y hábiles en el trato con los leones. Lo mismo ocurre con la magia en relación a la locura. Si el mago tiene mayor riesgo de padecer trastornos psicóticos que el químico industrial, no es algo que deba atribuirse a su menor capacidad o solidez mental. Es normal que exista un riesgo mayor de ser devorados por las fieras interiores cuando nos dedicamos a abrir esas puertas y a liberarlas con el fin de aumentar nuestro nivel de conciencia. El objetivo, claro, no es ser devorado por la fiera, sino controlarla y cabalgarla. Pero, como es obvio, acabar devorado en semejante oficio tiene una probabilidad mayor que la que presentan otros oficios.

El autor y la selección de textos

Para esta primera *Introducción* a un tema tan amplio y necesariamente delicado, hemos elegido una estrategia poco frecuente para este tipo de obras. En lugar de una apretada antología de unos pocos fragmentos de textos pertenecientes a clásicos, que presenta siempre el inconveniente de que exigen al lector un conocimiento suficiente del contexto cultural en el que fueron concebidos y escritos, nos hemos remitido a una selección de textos de un autor del siglo XX, poco conocido, pero de indudable seriedad. Un autor, por otra parte, que permite ver con claridad las relaciones entre lo que hemos definido como magia, con el hermetismo y la cábala que están en su base teórica, en el marco de la tradición oculta, y que más allá de las singularidades de su sistema mágico, se inscribe en una tradición clásica bien reconocible, de inspiración cristiana, que se remonta a Paracelso y a la obra de los grandes magos eruditos del Renacimiento europeo, como Cornelio Agrippa (1486-1535).

Naturalmente, la selección de textos resumidos de Franz Bardon que ofrecemos a continuación no se extracta de obras compuestas con el propósito de

divulgar qué es la magia. Son textos dirigidos a la persona que desea iniciarse y convertirse en mago. En este sentido, los libros de Bardon tienen la ventaja de constituir un plan didáctico integral para la formación del futuro mago, que, aparte de no resultar abrumador, pone en evidencia el contexto filosófico y las raíces de lo que llamamos pensamiento mágico en la cultura occidental. Con esa voluntad, el autor escribió su *Iniciación al hermetismo*, *La clave de la verdadera Cábala* y *La práctica de la evocación mágica*.

La selección que hemos hecho tiene dos propósitos fundamentales. De un lado, brindar al lector no familiarizado con el tema una muestra directa del pensamiento mágico en las palabras de un maestro iniciado, que le permitirá hacerse cargo de una perspectiva del mundo mágico y de sus creencias, sin ninguna explicación mediadora que pueda distorsionar este contacto directo. Del otro, pone al lector que ya se ha introducido en el tema ante la oferta de una obra seria, cuyos axiomas pueden compartirse o no (como en cualquier otro campo del saber humano, también en la cultura mágica hay corrientes, discusiones, disidencias y variantes teóricas para todos los gustos), pero que, en todo caso, constituye una perspectiva clásica, dentro del mundo de la magia occidental.

Tampoco estamos ante un ocultista meramente histórico. Franz Bardon, mago checo muerto trágicamente en un campo de concentración nazi durante la II Guerra Mundial, no sólo es un nombre de referencia en la rica cultura ocultista centroeuropea, aunque haya caído en un olvido injusto, sino que aún hoy su sistema cuenta con seguidores y discípulos entusiastas. No es un autor conocido por el público, pero dista mucho de ser un desconocido entre aquellos que estudian y practican la magia.

En este sentido, el lector que esté interesado en la ficción iniciática también puede disfrutar especialmente su novela *Farabato el Mago*, que figura por

derecho propio en el atractivo e interesante género de la literatura de ficción iniciática del siglo XX, junto a obras como *El Diablo benevolente* y *El inventor*, de P.D. Ouspenski, o las *Cartas de Belcebuth a su nieto*, de G.I. Gurdjieff, o *Magic Moon*, de Dion Fortune.

Entre los grandes iniciados del siglo XX que podíamos haber elegido para introducir el tema, Bardon no tiene, evidentemente, el prestigio de G.I. Gurdjieff o de su notable discípulo, P.D. Ouspenski, que tanto influyeron en el ocultismo occidental, después de que la revolución bolchevique de 1917 les forzara a exiliarse de su Rusia natal. Pero, en todo caso, la obra fundamental de estos iniciados resulta de mucho más sencillo acceso para cualquier persona. De modo que al escoger a una figura como Franz Bardon, mucho menos obvia, también creemos aportar al lector un valor añadido respecto de sus posibilidades de ampliar la lista de nombres de referencia de nuestro siglo en lo que a esta cultura se refiere.

En el caso de otros grandes nombres contemporáneos, muchos tienen el inconveniente de estar asociados a un tipo de corriente mágica muy concreta y altamente especializada, como ocurre con autores como Aleister Crowley o Austin Osman Spare. Serán, sin duda, nombres importantes cuando dediquemos un libro de esta colección a la alta magia y, sobre todo, al apasionante capítulo de la denominada magia sexual, o *tantra* occidental. Pero sólo son representativos de una tendencia que, además, presenta el inconveniente de haberse constituido en la base teórica del satanismo y las corrientes maléficas de nuestro siglo.

En el caso de otros autores clásicos, como Eliphas Levi (*Dogma y ritual de alta magia*, *La llave de los grandes misterios*, *El libro de la sabiduría*), o Helena Petrovna Blavatski (*La Doctrina secreta*), debíamos retroceder hasta el siglo XIX y ofrecer al lector un material nada novedoso y, por otra parte, muy divulgado y de sencillo acceso.

Franz Bardon nos brindaba, en cambio, novedad, representatividad y amplitud de miras para concebir la magia, así como una sólida cultura ocultista para enmarcarla en la tradición hermética y cabalística. Podemos añadir que también puede leerse nuestra elección de Bardon como un homenaje al mago moderno, riguroso, serio, consecuente, juramentado en actuar en exclusiva en beneficio del hombre y de su concepto de la Creación y el Creador; en suma, como un homenaje cuya intención deliberada es protestar, a través de la justa reivindicación de su legado, contra la barbarie totalitaria que truncó su vida, casi como un símbolo, en medio del holocausto brutal de la II Guerra Mundial.

El lector tiene ante sí unos textos difíciles, redactados sin concesiones y únicamente dirigidos al aspirante a mago. No obstante, tanto si su interés es cultural en el sentido más amplio, antropológico en suma, como si se orienta al conocimiento de la psicología del mago o a un interés más específico por el estudio de los estados alterados de conciencia, dispondrá de un excelente material de reflexión que, en la medida de su interés, podrá ampliar y profundizar leyendo las obras de las cuales se ha extraído esta breve selección; libros, dicho sea de paso, que a una mucho mayor extensión de la parte teórica que resumimos en su mínima expresión, suman una importante parte práctica, que incluye protocolos, geometrías místicas, signos y símbolos, así como una preceptiva, puesto que fueron concebidos para la formación y el adiestramiento del mago.

Como ya advirtió el filósofo Henri Bergson, una excursión de diez minutos que se limite a asomarse al río Sena, enseña mucho más sobre París que mil libros de geografía e historia. Seguramente, esta excursión que pretende ser una modesta ventana abierta a uno de los muchos rincones del universo mágico no aportará un conocimiento ni siquiera vagamente panorámico de esta rica, vieja y extensa cultura, pero sí proporcionará una experiencia úni-

ca, una vivencia, que permitirán al lector hacerse cargo de cuál es la visión del mundo y la interpretación de la vida que le ofrece la magia en una medida mucho más exacta de lo que se conseguiría con una aproximación simplemente intelectual. Que esta vivencia directa sea el punto de partida de una investigación mayor y más amplia, o se limite a una simple información más que enriquezca su cultura general, eso es algo que pertenece al soberano libre albedrío de cada uno.

En cualquier caso, al hacer esta selección nos propusimos no defraudar a los primeros y aportar a los segundos, al menos, un conocimiento más apropiado de lo que es la magia y cuáles son sus presupuestos fundamentales.

I. Iniciación al hermetismo

1. Acerca de los Elementos

Todo lo que ha sido creado, tanto el macrocosmos como el microcosmos y, en consecuencia, el gran mundo y el pequeño mundo, se ha conseguido por el efecto de los elementos. Por esta razón, desde el mismo comienzo de la iniciación, estaré pendiente de estos poderes y destacaré de un modo especial su profunda y múltiple significación. En la literatura oculta se ha dicho muy poco hasta ahora de los poderes de los elementos, por lo que me adjudiqué la labor de tratar este campo de conocimiento, todavía desconocido, y levantar el velo que cubre sus reglas. No es nada fácil instruir al no iniciado para que no sólo esté plenamente informado de la existencia y actividad de los elementos, sino que también sea capaz de trabajar en la práctica con estos poderes en el futuro.

El universo entero es como una maquinaria de relojería, con todas sus ruedas engranadas y dependiendo unas de otras. Incluso la idea de la Divinidad, como entidad más elevada comprensible, puede dividirse en aspectos análogos a los elementos. En el apartado que trata la idea de Dios pueden encontrarse detalles que lo justifiquen.

En las más antiguas escrituras orientales se conocen los elementos con el apelativo de *tattwas*. En nuestra literatura europea están considerados sólo tomando como base sus buenos efectos y en la medida en que estemos prevenidos contra su influencia desfavorable, lo que quiere decir que algunas acciones pueden llevarse a cabo bajo la influencia de los *tattwas*; de no ser así, vale más no llevarlas a cabo. Lo acertado de este consejo no deja lugar a duda; pero todo lo que se ha publicado hasta la fecha apunta solamente a un aspecto de los efectos de los elementos.

Con los libros de Astrología se puede aprender lo suficiente sobre el modo de descubrir los efectos de los elementos *tattwas* para uso personal.

Estoy profundizando aún más en el secreto de los elementos y he escogido por tanto una clave diferente que, aunque parecida a la astrológica, en realidad no tiene nada que ver con ella. Al lector, para quien esta clave es completamente desconocida, se le enseñará a usarla de diversos modos. En cuanto a las tareas, analogías y efectos propios de cada elemento, trataré de ellos por turno y en detalle en los apartados siguientes.

En el libro más antiguo de la sabiduría, el Tarot, ya se ha escrito algo sobre este gran misterio de los elementos. La primera carta de esta obra representa al mago apuntando al conocimiento y dominio de los elementos. En esta primera carta, los símbolos son: la espada, como elemento del fuego; la vara, como elemento del aire; la copa, como el del agua, y las monedas, como el elemento de la tierra. Esto demuestra, sin lugar a dudas, que ya en los misterios de antaño el mago estaba destinado para la primera carta del Tarot, habiéndose escogido el dominio de los elementos como el primer acto de iniciación. En honor a esta tradición, pondré mi atención, por encima de todo, en los elementos, pues, como veréis, la llave de los elementos es la panacea con cuya ayuda pueden solucionarse todos los problemas que surjan.

Según la sucesión india, los *tattwas* son como sigue:

Akasha, principio del éter; *Tejas*, principio del fuego; *Waju*, principio del aire; *Apas*, principio del agua; *Prithivi*, principio de la tierra.

En la doctrina india se dice que los cuatro *tattwas* que, de algún modo, son más vulgares, han descendido del quinto *tattwa*, el principio del *Akasha*. En consecuencia, el *Akasha* es la causa última y debe considerarse como el quinto poder, la llamada quintaesencia. En uno de los apartados siguientes informaré al lector con detalle sobre este elemento su-

mamente sutil. En los apartados siguientes veremos las cualidades específicas de cada elemento, empezando por los planos más elevados para bajar hasta el nivel material. Por ahora, el lector habrá comprendido ya, sin duda, que no es una tarea fácil analizar el gran misterio de la creación y expresarlo en palabras para que cualquiera tenga la oportunidad de penetrar en la materia y formarse una imagen plástica de todo ello.

2. El principio del Fuego

Como ya se ha dicho antes, el *Akasha*, el principio etérico, es la causa del origen de los elementos. Según las escrituras orientales, el primer elemento nacido del *Akasha* se cree que es *Tejas*, el principio del fuego. Este elemento, como todos los demás, manifiesta su influencia no sólo en nuestro plano material, sino en todo lo creado. Las cualidades básicas del principio del fuego son el calor y la expansión. Por tanto, en el principio de todas las cosas creadas han debido estar el fuego y la luz, y en la Biblia leemos «Fiat lux» (Hágase la luz). El origen de la luz hay que buscarlo, desde luego, en el fuego. Cada elemento y, por consiguiente, el del fuego también, tiene dos polaridades: la activa y la pasiva, que significan positivo (+) y negativo (-) respectivamente. «Más» representará siempre las fuentes constructivas, creativas, productivas, mientras que «menos» representa todo lo que es destructivo o separador. En cada elemento hay que distinguir siempre claramente dos cualidades básicas. Las religiones han imputado siempre el bien al lado activo y el mal al pasivo; pero, en buena lógica, no se puede hablar de bueno ni de malo: no son más que concepciones humanas. En el universo no hay ni bien ni mal, pues todo ha sido creado de acuerdo con reglas inmutables, en las que está reflejado el principio divino, y sólo conociendo estas reglas seremos capaces de acercarnos a la Divinidad.

Como ya hemos dicho, al principio del fuego le

pertenece la expansión, a la que llamaré fluido eléctrico para entenderlo mejor. Esta definición no se refiere solamente a la electricidad material, a pesar de tener cierta analogía con ella. Sin duda alguna, cualquiera comprenderá inmediatamente que la cualidad de expansión es idéntica a la de extensión. Este principio elemental del fuego está latente y activo en todo lo creado y, por consiguiente, en todo el universo, desde el más diminuto grano de arena hasta la más sublime sustancia visible o invisible.

3. El principio del Agua

En el apartado anterior hemos estudiado el origen y las cualidades del elemento positivo del fuego. En éste vamos a describir el principio opuesto: el del agua. También procede del *Akasha*, el principio étérico; pero, en comparación con el fuego, tiene cualidades muy diferentes. Estas cualidades básicas son el frío y la contracción. Lo fundamental es que también tiene dos polos: el activo, que es constructivo, dador de vida, nutriente y protector, y el negativo, similar al del fuego, que es destructivo, diseccionante, fermentante y divisor.

Como a este elemento le pertenecen las cualidades básica de la constricción y la contracción, ha producido el fluido magnético. El fuego, así como el agua, opera en todas las zonas. Según las reglas de la creación, el principio del fuego no sería capaz de existir por sí mismo si no escondiese dentro de sí, como polo opuesto, al principio del agua. Estos dos elementos, fuego y agua, son los elementos básicos con cuya ayuda ha sido creado todo. Como consecuencia de estos hechos, tenemos que reconocer en todas partes dos elementos principales, además de los fluidos eléctrico y magnético que representan las polaridades contrastantes.

4. El principio del Aire

Otro elemento derivado del *Akasha* es el del aire. Las personas iniciadas no consideran este principio

como un elemento real, sino que le dan el papel de mediador entre los principios ígneo y acuoso, de modo que el principio del aire establecerá, en cierto modo, el equilibrio neutro, actuando como un medio entre las actividades activa y pasiva del agua y del fuego. Toda la vida creada se ha puesto en movimiento a través de la influencia mutua de los elementos activo y pasivo del fuego y el agua.

En su cualidad de mediador, el principio del aire ha asumido la cualidad de calor del fuego y la de humedad del agua. Sin estas dos cualidades, cualquier vida sería inconcebible. Estas dos cualidades darán también dos polaridades al principio aéreo, que son, en el aspecto positivo, la polaridad dadora de vida, y, en el aspecto negativo, la polaridad destructiva.

Permítaseme añadir a todo esto que no se deben considerar los elementos mencionados como el fuego, el agua y el aire ordinarios, que representarían sólo aspectos del plano material, sino que intervienen en este caso las cualidades universales de todos los elementos implicados.

5. El principio de la Tierra

Se ha dicho del principio del aire que no representa un elemento propiamente dicho y esta afirmación vale igualmente para el principio de la tierra. Ahora bien, esto significa que el principio terrestre ha nacido de la influencia mutua de los tres elementos mencionados, como último elemento que por su cualidad específica, la solidificación, envuelve a los otros tres. Es esta cualidad en particular la que ha dado una forma concreta a los tres elementos antedichos; pero, al mismo tiempo, la acción de los tres elementos ha sido limitada, teniendo como resultado el nacimiento del espacio, la medida, el peso y el tiempo. De este modo, la acción recíproca de los tres elementos, junto con el de la tierra, se ha vuelto tetrapolar, con lo que el principio terrestre puede catalogarse ahora como un imán de cuatro polos. El fluido de la polaridad del elemento terrestre es elec-

tromagnético. Por tanto, toda la vida creada puede explicarse por el hecho de que todos los elementos están activos en el cuarto, que es el elemento terrestre. Con la realización en este elemento se produjo el «fiat» (hágase).

En los apartados siguientes se encontrarán detalles relacionados con las influencias específicas de los elementos en las diversas esferas y reinos, como los reinos de la naturaleza, de los animales y de los seres humanos. Lo más importante es que el lector consiga una impresión general de la acción y efecto de los principios elementales del universo entero.

6. La Luz

La luz está establecida sobre el principio del fuego. La luz sin el fuego es inconcebible y, por esta razón particular, es un aspecto del fuego. Todo elemento ígneo puede convertirse en luz y viceversa. Por consiguiente, la luz comprende todas las cualidades específicas tales como brillo, penetración y expansión.

Lo contrario de la luz es la oscuridad, que ha surgido del principio del agua. La oscuridad tiene las cualidades específicas que son contrarias a las de la luz. Sin la oscuridad, la luz no sólo permanecería irreconocible, sino que no habría nunca absolutamente nada de luz. Evidentemente, la luz y la oscuridad han debido producirse por el juego mutuo de dos elementos, que son lógicamente el del fuego y el del agua. La luz tiene como resultado, por tanto, la cualidad positiva, mientras que la oscuridad tiene la negativa. Este juego mutuo está funcionando evidentemente en todas las zonas.

7. El Akasha o principio etéreo

Varias veces, al describir los elementos, he dicho que proceden del principio etéreo. Según esto, el principio etéreo es lo último, lo supremo, la cosa más poderosa, algo inconcebible, la causa última de todas las cosas existentes y creadas. En resumidas cuentas,

la esfera causal. Por tanto, el *Akasha* no tiene ni espacio ni tiempo. Es lo no creado, lo incomprensible, lo indefinible. Las diversas religiones le han dado el nombre de Dios. Es el quinto poder, el poder original. Todo ha sido creado por él y es mantenido en equilibrio por él. Es el origen y la pureza de todos los pensamientos e intenciones, es el mundo causal dentro del cual se mantiene toda la creación, desde las esferas más elevadas hasta las inferiores. Es la quintaesencia de los alquimistas, es el todo en todo.

8. Karma, la ley de causa y efecto

Una ley inmutable, que tiene su aspecto justo en el principio del *Akasha*, es la ley de causa y efecto. Toda causa libera un efecto correspondiente. Esta ley funciona en todas partes como la regla más sublime. Por consiguiente, todo acto procede de una causa o tiene como consecuencia algún resultado. Así, pues, no sólo deberíamos aceptar el *Karma* como una regla para realizar buenas acciones, como lo plantea la filosofía oriental, sino que su significado llega más lejos y es muy profundo. Instintivamente todos los hombres tienen la sensación de que algo bueno puede traer buenos resultados e, igualmente, que todo mal debe acabar en mal o, según dice un proverbio: «Lo que un hombre siembre, eso recogerá». Todo el mundo está obligado a conocer esta ley y a respetarla. Esta ley de causa y efecto rige también los principios elementales. No pretendo entrar en sus detalles, que podrían resumirse en unas pocas palabras lo bastante claras para que cualquier hombre razonable las entienda. Sujeta a esta ley de causa y efecto está también la ley de la evolución o desarrollo. Según esto, el desarrollo es un aspecto de la ley del Karma.

9. El hombre

El hombre es la verdadera imagen de Dios y ha sido creado a semejanza del universo. Cualquier cosa grande que se encuentre en el universo, se refleja,

en un grado pequeño, en el hombre. Por esta razón, está considerado como un microcosmos que contrasta con el macrocosmos del universo. La naturaleza entera se manifiesta en el hombre. Este apartado está dedicado a informar sobre estos problemás.

Procuraré enseñar a considerar al hombre desde el punto de vista hermético e instruiré a la gente interesada en el modo de usar correctamente la clave fundamental, es decir, la influencia de los elementos sobre el hombre.

Una máxima muy conocida dice: «Una mente sana en un cuerpo sano». La pura verdad de este aforismo se le presenta inmediatamente a cualquiera que trate el problema del hombre. Con seguridad, surgirá la pregunta de lo que es la salud desde el punto de vista hermético. No todo el mundo es capaz de responder a esta pregunta de inmediato. Visto desde el ángulo hermético, la salud es la armonía perfecta entre todas las fuerzas que operan en el interior del cuerpo y las cualidades básicas de los elementos. No hay razón para que prevalezca en un elemento una discordancia tan grande como para liberar un efecto visible llamado enfermedad, pues una discordancia presentada bajo la forma de una enfermedad es ya una perturbación esencial de la actuación de los elementos dentro del cuerpo. Para el novicio, lo principal es concentrarse plenamente en su cuerpo. La expresión del cuerpo que se ve en el exterior es como un bello vestido y la belleza, en todos sus aspectos, es igualmente un elemento de la naturaleza divina. Hablando con propiedad, la belleza no es sólo lo que nos gusta o parece ser simpático a nuestro gusto, ya que la simpatía o la antipatía dependen de la influencia de los elementos. La verdadera salud es, más bien, una condición básica de nuestra elevación espiritual. Si queremos vivir en la belleza, debemos construir nuestra casa, nuestro piso o, en este caso, nuestro cuerpo, bellamente y llenarlo con armonía.

Siguiendo la ley universal, los elementos tienen

que realizar ciertas funciones dentro de nuestro cuerpo. Éstas son, principalmente, la construcción del cuerpo, su mantenimiento en vida y su disolución. La parte positiva del cuerpo, la construcción, es, por tanto, el cometido del lado positivo o activo de los elementos. La función conservadora la lleva a cabo la parte vinculante de los elementos, esto es, la neutra, mientras que la parte destructiva o disolvente del cuerpo la realizan las cualidades negativas de los elementos.

Está claro que el principio del fuego de la forma activa, con su fluido eléctrico, ejercerá la influencia activa, expansiva y constructora, mientras que en la forma negativa sucederá lo contrario.

El principio acuoso, en su forma activa, influirá en la actividad constructora y, en su forma negativa, producirá la actividad desintegrante y disolvente de todos los fluidos del cuerpo.

El principio del aire tiene la misión de controlar el fluido eléctrico del fuego y el fluido magnético del agua del cuerpo, haciendo que se mantengan en equilibrio. Por esta razón se ha caracterizado como el elemento neutro o mediador.

Se ha dicho del principio de la tierra que tiene la función de mantener juntas dentro del cuerpo las influencias de los otros tres elementos. En la forma activa del principio elemental terrestre tiene una influencia excitante, vivificante y vigorizante, y en la forma negativa tiene la influencia contraria. El principio terrestre es responsable del desarrollo y el envejecimiento del cuerpo. Podríamos mencionar un montón de símiles respecto de la influencia de los elementos dentro del cuerpo; pero será suficiente con las explicaciones anteriores.

Los adeptos de todos los periodos nunca describieron los efectos de los elementos en particular, probablemente para evitar cualquier abuso, pero los conocían muy bien. Dividieron al hombre en tres concepciones básicas, atribuyendo la cabeza al principio del fuego, el abdomen al del agua, y el pecho al

del aire, como principio mediador entre el fuego y el agua. Queda claro a primera vista lo acertados que estaban al dividir así al hombre, puesto que todo lo que es activo o ígneo tiene lugar en la cabeza. En el abdomen debe ser lo contrario, lo acuoso, la secreción, el trabajo de los jugos, etc. El pecho alberga el aire y tiene una función mediadora, porque aquí se produce la respiración de una forma bastante mecánica. El principio terrestre, con su poder de cohesión o su capacidad de agrupación, representa la totalidad del cuerpo humano con todos sus huesos y carne.

Ahora bien, surgirá la pregunta de dónde y cómo actúa el principio del *Akasha* o etérico en el cuerpo material. Cualquiera que piense con más profundidad podrá responder por sí mismo, pues el principio etérico está oculto en su forma más material en la sangre y en la simiente, y en la acción recíproca de estas dos sustancias en la materia vital.

Como hemos visto, el elemento fuego produce el fluido eléctrico y el elemento agua el fluido magnético. Cada uno de estos fluidos tiene radiaciones de dos polos, uno activo y el otro pasivo, y las influencias e interacciones mutuas de todas las radiaciones de los cuatro polos recuerdan a un imán tetrapolar idéntico al secreto del *Tetragrámmaton*, el *Yod-he-vau-he* de los cabalistas. Por consiguiente, el fluido electromagnético del cuerpo humano, en su emanación, es el magnetismo animal, el *Od* o cualquier nombre que se le haya dado. El lado derecho del cuerpo humano es activo-eléctrico, suponiendo que el individuo sea diestro. El lado izquierdo es pasivo-magnético. Si se trata de una persona zurda, le ocurrirá lo contrario. El poder de emanación de este fluido electromagnético depende de la capacidad, es decir, de la intensidad de acción que tengan los elementos en el interior del cuerpo. Cuanto más armoniosa se desarrolle esta acción de los elementos en el cuerpo, será más fuerte y pura.

Con la ayuda de ciertos ejercicios, así como con

una actitud correcta y una observancia exacta de estas reglas, pueden incrementarse o disminuirse la capacidad, fortaleza e influencia de este fluido electromagnético u *Od*, según lo requieran las necesidades. El modo de hacerlo se tratará exhaustivamente en la parte práctica de la presente obra.

El fluido, tanto eléctrico como magnético del cuerpo humano no tiene nada que ver directamente con la clase de electricidad o magnetismo que conocemos, aunque haya cierta analogía. Esta ley de la analogía es un factor muy importante de la ciencia hermética y su conocimiento capacita al adepto para realizar grandes milagros con la ayuda de esta clave.

El alquimista reconocerá que el cuerpo humano representa un *Athanor* genuino en el que se realiza visiblemente el más perfecto proceso alquímico, la gran obra o la preparación de la «piedra filosofal».

10. El plano material o mundo material

No voy a describir el mundo material en términos generales (los reinos mineral, vegetal y animal) ni voy a tratar de los procesos físicos de la naturaleza. El principiante podría no estar muy interesado por estos hechos y podría, más bien, tratar de conocer todo lo relacionado con el mundo material por medio de los elementos y sus polaridades. No obstante, será muy útil que el adepto se familiarice con la causa y el efecto de los cuatro elementos y sepa usarlos correctamente, según las analogías correspondientes de los demás planos.

El elemento terrestre supone el imán tetrapolar, con su polaridad, y el efecto de los demás elementos. El principio del fuego, en su forma activa, causa el principio vivificante de la naturaleza y, en la forma negativa, el destructivo y desintegrador. El principio del agua, en su forma negativa, produce el efecto contrario. El principio del aire, que tiene una polaridad bipolar, representa lo neutro, la esencia equilibrante y conservadora de la naturaleza. El elemento terrestre, según su peculiaridad de cohesión, tiene

como base los dos grandes elementos fundamentales de fuego y agua, junto con la neutralización del principio aéreo. De aquí que deba considerarse como el elemento más toscamente material. Por la influencia de los elementos ígneo y acuoso tenemos, como ya se ha mencionado al hablar del cuerpo, los fluidos eléctrico y magnético, los dos fluidos básicos que tienen su origen, según las mismas leyes, en el cuerpo, y tienen sus efectos mutuos. Ambos elementos, con sus fluidos, son la causa de todo lo que tiene lugar materialmente en nuestra tierra e influyen en todos los procesos químicos de dentro y fuera de la tierra, en los reinos mineral, vegetal y animal.

11. El alma o cuerpo astral

Por las vibraciones más sutiles de los elementos, por el fluido eléctrico y magnético de su polaridad, el hombre, propiamente hablando, el alma, ha salido del *Akasha* o vibraciones etéricas más finas. Del mismo modo que están funcionando los elementos en el cuerpo material, así se comportará el alma o el llamado cuerpo astral. El imán tetrapolar, con sus cualidades específicas, conecta o amalgama el alma con el cuerpo. Esta amalgama tiene lugar, de un modo similar al cuerpo, por la influencia electromagnética de los elementos. Nosotros, los adeptos, llamamos matriz o vida astral a este comportamiento activo de los elementos o el llamado fluido electromagnético del alma. La matriz astral o fluido electromagnético de la vida no es lo mismo que el aura de los ocultistas. La matriz astral o el fluido electromagnético es el vínculo que conecta el cuerpo y el alma. El principio del fuego causa en el alma lo constructivo, el principio del agua causa lo excitante, el principio del aire es equilibrante y el principio terrestre causa lo que se desarrolla, es compuesto y preserva. El cuerpo astral lleva a cabo exactamente las mismas funciones que el cuerpo material.

El hombre ha sido dotado de cinco sentidos, correspondientes a los cinco elementos, que utiliza el

cuerpo astral o el alma, con la ayuda de los sentidos corporales, para recibir percepciones del mundo físico. Este recibir y operar de los cinco sentidos a través del cuerpo astral y el material lo realiza nuestro espíritu inmortal. Sin ninguna actividad del espíritu en el alma, el cuerpo astral estaría sin vida y se disolvería en sus componentes.

Puesto que el espíritu no sería capaz de operar sin la intervención del alma, el cuerpo astral es el asiento de todas las cualidades que tiene el espíritu inmortal. Dependiendo de su desarrollo y madurez, el espíritu tiene una vibración diferente del fluido eléctrico o magnético, que se hace patente externamente, en el alma, en los distintos temperamentos. Según los elementos predominantes, distinguimos el temperamento colérico, el sanguíneo, el melancólico y el flemático. El temperamento colérico viene del elemento fuego, el sanguíneo se debe al elemento aire, el melancólico nace del elemento acuoso y el flemático se atribuye al elemento terrestre.

12. El plano astral

El plano astral, conocido a menudo como la cuarta dimensión, no ha sido creado a partir de los cuatro elementos, sino que es un grado de densidad del principio *Akasha*. Como se dijo antes, el *Akasha*, en su forma más sutil, es el éter, bien conocido por todos nosotros, en el cual, entre otras vibraciones, se propagan tanto las eléctricas como las magnéticas. En consecuencia, esta esfera de vibraciones es el origen de la luz, del sonido, del color, del ritmo y de la vida de todas las cosas creadas. Puesto que el *Akasha* es el origen de todas las cosas existentes, todo lo que alguna vez se produjo, lo que se produce y lo que se producirá en el futuro está reflejado en él. Por consiguiente, en el plano astral ha de verse la emanación de lo eterno, que no tiene comienzo ni fin, pues es eterno y sin extensión. El adepto que ve su camino en este plano, puede encontrarlo todo aquí, con independencia de si se trata de algo del pa-

sado, del presente o del futuro. Hasta dónde llegará esta percepción es algo que depende del grado de su perfección

Ocultistas, espiritistas y la mayoría de las religiones llaman al plano astral el Más Allá. Sin embargo, el adepto sabe muy bien que no hay cosas como Aquí y Allá y no siente ningún miedo ante la muerte, concepto que le resulta bastante extraño. Si, por el trabajo desintegrador de los elementos o por una ruptura repentina, se suelta la matriz astral, que es la materia que conecta el cuerpo puramente material y el astral, sucederá lo que comúnmente llamamos muerte, la cual, sin embargo, no es en realidad más que un tránsito del mundo terrestre al astral. Apoyado en esta ley, el adepto no tiene miedo a la muerte y está convencido de que no se acercará a lo desconocido. Por su control de los elementos, además de otras muchas cosas, puede conseguir también soltar la matriz astral, lo que producirá una separación espontánea del cuerpo astral y el mortal. Esta es la explicación positiva de muchas historias, en las que se dice haber visto a santos en diferentes lugares al mismo tiempo, incluso trabajando.

El plano astral tiene distintas clases de habitantes. En primer lugar, están los difuntos que han dejado la tierra y moran en el correspondiente grado de densidad, según su madurez espiritual, al que las diferentes religiones llaman cielo o infierno, mientras que los adeptos no ven en él nada más que símbolos. Cuanto más noble, pura y perfecta sea una entidad, tanto más puro y fino será el grado de densidad que habite en el plano astral. Poco a poco, el cuerpo astral se va disolviendo hasta adaptarse al grado de vibraciones del peldaño respectivo del nivel astral, o hacerse idéntico a él. Como se ve, esta identificación depende de la madurez y perfección espiritual que alcanzó en esta tierra la entidad correspondiente.

Además, el plano astral está habitado por otros muchos seres de los que mencionaré aquí tan sólo algunas especies. Están, por ejemplo, los llamados

Elementales, entidades de una sola o muy pocas cualidades, según las vibraciones dominantes de los elementos. Viven en vibraciones similares a las apropiadas para el hombre, que son transmitidas por ellos mismos al plano astral. Entre los *Elementales*, hay algunos que ya han alcanzado cierto grado de inteligencia y hay magos que utilizan estos seres de bajo poder para sus propósitos egoístas. Otra clase de seres son las *larvas*, que han sido traídas a la vida, consciente o inconscientemente, por un pensamiento sensorial intenso, a través de la matriz astral. No son seres reales, sino sólo formas que medran a costa de las pasiones del mundo animal, en la etapa más baja del nivel astral. Su instinto de conservación las lleva a la esfera de hombres cuyas pasiones responden a ellas. Tratarán, directa e indirectamente, de elevar y avivar las pasiones que dormitan en el hombre. Si estas formas consiguen seducir a los hombres para que se entreguen a su pasión correspondiente, se alimentan y medran a costa de la emanación de esta pasión producida en el hombre. El hombre cargado con muchas pasiones atraerá una hueste de tales *larvas* a la esfera inferior de su plano astral. Se produce una lucha encarnizada y, en lo relacionado con la magia, este dato juega un papel importante. Se encontrarán más detalles sobre este tema en el apartado que trata de la introspección.

13. El espíritu

Se dijo antes que el hombre ha sido creado a imagen de Dios y está compuesto de cuerpo, alma y espíritu. Los apartados anteriores han dejado claro que el cuerpo y el alma sirven sólo como un velo o vestimenta del espíritu. El espíritu es la parte inmortal y la imagen de Dios. No es fácil definir algo divino, inmortal e imperecedero y ponerlo en términos correctos; pero en este caso, como en cualquier otro problema, la clave del imán tetrapolar será una gran ayuda para nosotros.

Del propósito supremo (*Akasha*) fuente original

de todos los seres, procede el espíritu, el ego espiritual, con las cuatro cualidades elementales específicas, propias del espíritu inmortal que fue creado a imagen de Dios.

El principio del fuego, la parte impulsiva, significa la voluntad (volición). El principio aéreo se muestra en el intelecto (mente); el principio acuoso, en la vida y el sentimiento, y el principio terrestre representa la unión de los otros tres elementos en la conciencia del ego.

Todas las demás cualidades del espíritu se basan en estos cuatro principios originales. La parte típica del quinto, es decir, el principio etérico (*Akasha*) se manifiesta, en su aspecto más elevado, en la fe y, en la forma inferior, en el instinto de autoconservación. Cada uno de estos cuatro principios elementales mencionados tiene otros muchos aspectos correspondientes a la ley de analogía de la polaridad, o elementos positivo y negativo. Todos juntos forman el ego, o espíritu. Por esta razón, podemos hacer responsable al principio del fuego de la fortaleza, el poder y la pasión; la memoria, el poder de discriminación y el juicio, están adscritos al principio aéreo; la conciencia y la intuición, al principio del agua; el egoísmo y los instintos de autoconservación y reproducción, a la parte terrestre del espíritu.

Sería demasiado largo citar todas las propiedades del espíritu que tienen relación con los elementos. El adepto incipiente puede ampliar estas cualidades con serios estudios y una meditación profunda sobre las leyes análogas del imán tetrapolar. Es un trabajo muy meritorio que nunca debería descuidarse, pues conducirá a un gran éxito y a resultados seguros.

Estos tres apartados relacionados con el cuerpo, el alma y el espíritu, han representado al hombre en su forma más perfecta. Ahora el discípulo debería haber comprobado ya lo importante que es conocer el propio microcosmos para la iniciación y, en especial, para la práctica mágica y mística y, en definitiva, para todos los secretos. La mayoría de los autores,

por completa ignorancia o por otras razones poderosas, no han tenido en cuenta esta parte tan importante, que es la base.

14. El plano mental

Igual que el cuerpo tiene su plano terrenal y al cuerpo astral o alma le corresponde el plano astral, el espíritu tiene también su propio plano, el llamado plano o esfera mental.

Ambas esferas, tanto la material como la astral, han nacido del *Akasha* o principio original de la esfera respectiva, a través de los cuatro elementos, y también la esfera mental está construida sobre el mismo fundamento y, por consiguiente, es también un producto del principio *Akasha* del espíritu. Similar al espíritu, desarrollándose en un imán tetrapolar por el trabajo correspondiente y mostrando un fluido electromagnético análogo al cuerpo astral, por el efecto de los elementos, como un fenómeno secundario de la polaridad en el exterior, el cuerpo mental se desarrolla en la esfera mental o espiritual. Del mismo modo que el cuerpo astral forma una matriz astral, el llamado *Od* astral -por medio del fluido electromagnético del mundo astral- forma una matriz mental que conecta el cuerpo mental con el cuerpo astral. Esta matriz o, si se prefiere, *Od* mental, la llamada sustancia psíquica, es la forma más sutil de *Akasha* que controla y preserva la actividad espiritual del cuerpo astral.

Al mismo tiempo, esta sustancia mental es electromagnética y está considerada como la que guía las ideas a la conciencia del espíritu, desde donde se pone en actividad a través del cuerpo astral y del puramente material. Esta matriz psíquica u *Od* mental, con su fluido bipolar, es la sustancia más sutil que podemos imaginar en el cuerpo humano.

Al mismo tiempo, la esfera mental es la esfera de los pensamientos que tienen su origen en el mundo de las ideas y, por consiguiente, en el *Akasha* espiritual. Cada pensamiento está precedido por una idea

básica que, según su propiedad, acepta una forma definida y llega a la conciencia del ego a través del principio etérico y, por tanto, a la matriz mental, como expresión del pensamiento en la forma de una imagen plástica. Por tanto, no es el hombre mismo el fundador de los pensamientos, sino que el origen del pensamiento ha de buscarse en la esfera suprema del *Akasha* o plano mental. El espíritu del hombre es, por así decirlo, el receptor, la antena de pensamientos del mundo de las ideas, según la situación en la que resulta hallarse el hombre. Siendo el mundo de las ideas todo en todo, cada nueva idea, cada nueva invención, en resumen, todo lo que el hombre piensa que ha creado por sí mismo, ha sido extraído de este mundo de ideas. Esta producción de ideas nuevas depende de la madurez y de la actitud del espíritu. Todo pensamiento envuelve un elemento absolutamente puro, especialmente si lleva ideas abstractas. Si el pensamiento está basado en varias combinaciones del mundo ideal, los diferentes elementos son efectivos tanto en su forma como en su emanación mutua. Sólo las ideas abstractas tienen elementos puros y emanaciones polares puras, pues descienden directamente del mundo causal de una idea.

A partir de este conocimiento, podemos llegar a la conclusión de que hay ideas eléctricas puras, magnéticas puras, indiferentes y neutras, desde el punto de vista de su efecto. Según la idea, cada pensamiento tiene en la esfera mental su propia forma, color y vibración. Por medio del imán tetrapolar del espíritu, el pensamiento llega a la conciencia, desde donde es impulsado a la realización. Toda cosa creada en el mundo material tiene, en consecuencia, su causa en el mundo ideal, mediante el pensamiento y la conciencia espiritual, y se refleja en ellos. Si el tema en cuestión no es exactamente una idea abstracta, pueden expresarse diversas formas de ideas. Tales pensamientos son eléctricos, magnéticos o electromagnéticos, según la propiedad elemental de la idea.

El plano material está limitado por el tiempo y el

espacio. El plano astral, la esfera del espíritu perecedero o mutable, está limitado por el espacio, siendo la esfera mental atemporal e inespacial. Lo mismo sucede con todas las propiedades mentales. La recepción de un pensamiento en el cuerpo mental, a través del vínculo de la matriz astral y mental limitada por el espacio y el tiempo en la forma total, necesita cierto tiempo para hacerse plenamente consciente. Según la madurez mental, el tren de pensamientos es diferente en cada individuo. Cuanto más avanzado y cultivado sea un hombre, más rápidos son los pensamientos que desarrolla en la mente.

Lo mismo que el plano astral está habitado, también lo está el plano mental. Además de las formas ideales, están principalmente los difuntos, cuyos cuerpos astrales han sido disueltos por los elementos en el curso de su maduración y son asignados, según el grado de perfección, a las regiones correspondientes a su esfera mental.

Además de la esfera mental, está la esfera de los llamados *Elementales*, seres creados consciente o inconscientemente por el hombre como resultado de un pensamiento repetido e intenso. Un ser elemental no es aún lo bastante denso para formar o asumir una forma astral por sí mismo. Su influencia está por tanto limitada a la esfera mental. La diferencia entre una forma ideal y un elemento está en el hecho de que la forma ideal está basada en una o varias ideas. Por otro lado, el *Elemental* está equipado con una cierta dosis de consciencia y, por tanto, con el instinto de conservación; pero, por lo demás, no se distingue mucho de los demás seres mentales vivientes y puede incluso tomar la misma figura que la forma ideal. El adepto recurre a menudo a estos seres elementales.

Habría todavía mucho que decir sobre las propiedades particulares y específicas de algunos seres; pero lo que ya hemos señalado debería ser suficiente para servir de estímulo para el trabajo y dar una instrucción superficial sobre el plano mental.

15. La verdad

Dejemos ahora el microcosmos, quiero decir, el hombre, con sus cuerpos terrestre, astral y mental, y volvamos a otros problemas que piden también una solución inminente al adepto incipiente. En primer lugar, está el problema de la verdad. Muchos filósofos han prestado ya seria atención a este problema y nosotros tendremos que estudiar también este tema.

Trataremos aquí sólo de esas clases de verdad de las que tengamos que ser informados concienzudamente. La verdad depende de la capacidad de introspección de cada individuo y, puesto que no todos podemos tener la misma introspección o percepción, es imposible generalizar el problema de la verdad. Por consiguiente, desde su punto de vista y dependiendo de su grado de madurez, cada uno tendrá su propia verdad, suponiendo que la vea honestamente. Sólo el que conoce y domina las leyes absolutas del microcosmos y el macrocosmos está capacitado para hablar de una verdad absoluta. Algunos aspectos de la verdad absoluta serán, sin duda, reconocidos por todos. Nadie dudará de que existen la vida, la voluntad, la memoria y el intelecto, ni se molestará en aportar argumentos para confirmarlo. Ningún adepto sincero impondrá su verdad a alguien que no esté aún maduro para aceptarla, pues lo único que haría sería volver a considerarla desde su propio punto de vista. Sería por tanto inútil discutir con no profesionales sobre las clases más elevadas de la verdad, exceptuando a quien anhele alcanzar las cimas y empiece a estar en condiciones para recibirla. Cualquier otra cosa sería una profanación y, desde el punto de vista mágico, absolutamente incorrecto. En este punto, todos nosotros tendremos que recordar las palabras del gran Maestro de la Cristiandad: «No echéis perlas a los cerdos, no sea que las pisoteen».

Corresponde también a la verdad la capacidad de diferenciar correctamente entre conocimiento y sabiduría. El conocimiento depende, en todos los campos de la existencia humana, de la madurez, de la re-

ceptividad y el entendimiento de la mente y de la memoria, sin tener en cuenta si hemos sido capaces o no de enriquecer nuestro conocimiento con lecturas, comentarios u otras experiencias.

Hay una gran diferencia entre conocimiento y sabiduría y es mucho más fácil conseguir conocimiento que sabiduría. La sabiduría depende, no poco, del conocimiento, aunque ambos son idénticos hasta cierto grado. La fuente de la sabiduría está en Dios, es decir, en el principio causal (*Akasha*), en todos los planos de los mundos material, astral y mental. Por tanto, la sabiduría no depende de la mente y la memoria, sino de la madurez, pureza y perfección de la personalidad individual.

La sabiduría podría considerarse también como una etapa de desarrollo del ego. Por tanto, los discernimientos no pasan a través de la mente, sino (por encima de todo) a través de la intuición o inspiración. El grado de sabiduría está determinado, por tanto, por el estado de desarrollo del individuo.

Esto no significa, desde luego, que debemos descuidar el conocimiento: al contrario, conocimiento y sabiduría deben ir de la mano. El adepto tratará, por tanto, de adelantar tanto en conocimiento como en sabiduría, pues ninguna de estas dos cosas debe quedarse atrás en el desarrollo.

Si el conocimiento y la sabiduría mantienen el mismo paso en el desarrollo, el adepto está capacitado para captar todas las leyes del microcosmos y el macrocosmos, no sólo desde el punto de la sabiduría, sino también desde el lado intelectual; esto es, de un modo bipolar, para percibir las y utilizarlas para su propio desarrollo.

En todos los planos hemos aprendido a conocer una de las numerosas leyes, la primera clave principal, el secreto del *Tetragrámmaton* o imán tetrapolar. Al ser una clave universal, puede usarse para solucionar todos los problemas, todas las leyes, todas las clases de verdad; en resumen, para todo (suponiendo que el adepto sepa usarla correctamente).

Según vaya pasando el tiempo, evolucione su desarrollo y avance en el hermetismo, se familiarizará con más de un aspecto posterior de esta clave y se verá forzado a aceptarla como una ley inmutable. Dejará de vagar por la oscuridad y la incertidumbre, y, en cambio, llevará en la mano una antorcha cuya luz penetrará en la noche de la ignorancia.

16. Dios

Desde las edades más remotas, la humanidad creyó siempre en algo que está más allá del entendimiento humano, algo trascendental que idolatró, tanto si se trataba de concepciones de Dios personificadas o no personificadas. Cualquier cosa que el hombre era incapaz de entender o comprender se atribuía a los poderes superiores, como su virtud intuitiva los admitía. De este modo, han nacido todas las deidades de la humanidad, buenas y malas (demonios). Conforme ha ido pasando el tiempo, dioses, ángeles, demiurgos, demonios y duendes han sido adorados, independientemente de que hayan estado vivos alguna vez o hayan existido tan sólo en la fantasía. Con el desarrollo de la humanidad, la idea de Dios fue agotándose, especialmente en los tiempos en que, con la ayuda de las ciencias, se ha encontrado explicación a fenómenos atribuidos anteriormente a los dioses. Habría que escribir un montón de libros para entrar en detalles sobre las diversas ideas de Dios que han surgido en la historia de las naciones.

Tratemos la idea de Dios desde el punto de vista de un mago. Para el hombre corriente, la idea de Dios sirve de apoyo a su espíritu para no tener que embrollarse en la incertidumbre y salirse de sus cabales. Por tanto, su Dios permanece siempre como algo inconcebible, intangible e incomprensible para él. Otra cosa distinta le sucede al mago, que conoce a su Dios en todos los aspectos. Conserva su respeto a Dios, pues sabe que ha sido creado a imagen de Él y es, por consiguiente, una parte de Dios. También

ve su ideal sublime, su primer deber y su objetivo sagrado en la unión con la Divinidad, en convertirse en *hombre-Dios*. La síntesis de esta unión mística con Dios consiste en desarrollar las ideas divinas, desde los pasos inferiores hasta los superiores, en un grado que permita alcanzar la unión con lo universal. Cada uno es libre para prescindir de su individualidad o mantenerla. Estos genios suelen volver a la tierra con una tarea o misión sagrada concreta que se les confía.

En este ascenso, el mago iniciado es, al mismo tiempo, un místico. Sólo realizando esta unión y abandonando su individualidad entra voluntariamente en la disolución, que en la terminología mística se llama muerte mística.

Es evidente que la verdadera iniciación no conoce sendero ni místico ni mágico. Sólo hay una iniciación que une ambos conceptos, en oposición a la mayoría de las escuelas místicas y espirituales, que tratan los problemas más elevados por medio de la meditación u otros ejercicios espirituales, sin haber pasado al principio por los primeros pasos. Sería como si alguien comenzase los estudios universitarios sin haber pasado antes por las clases elementales. Los resultados de un entrenamiento unilateral como ése son, a veces, desastrosos y, en algunos casos, incluso drásticos, dependiendo del talento del individuo. El error se debe casi siempre a que la mayor parte de estas teorías vienen de Oriente, donde tanto el mundo material como el astral están considerados como *maya* (ilusión) y, en consecuencia, se les presta poca atención. Es imposible entrar en detalles, pues sobrepasaría el marco de este libro. Ateniéndose a un desarrollo cuidadosamente planeado, paso a paso, no habrá contratiempos ni fallos o malas consecuencias, por la simple razón de que la maduración tiene lugar lentamente, pero con seguridad. Es una decisión personal del adepto escoger como idea de Dios a Cristo, Buda, Brahma, Alá o cualquier otro. Todo depende de la idea, en la iniciación. El místico puro

quiere acercarse a Dios únicamente en el amor omniabarcante. El *yogui* también camina hacia el aspecto único de Dios. El *bhakti yogui* va por el camino del amor y la devoción, el *raja yogui* y el *hatha yogui* escogen el sendero del autocontrol o la volición, y el *jnana yogui* seguirá el de la sabiduría y el conocimiento.

Consideremos ahora la idea de Dios desde el punto de vista mágico, según los cuatro elementos, el llamado *Tetragrámmaton*, el inefable, el supremo: el principio del fuego lleva consigo la omnipotencia y superioridad; al principio aéreo original le corresponden la sabiduría, la pureza y la claridad, de cuyo aspecto procede la legalidad universal. El amor y la vida eterna se atribuyen al principio acuoso, y la omnipresencia, la inmortalidad y, en consecuencia, la eternidad, pertenecen al principio terrestre.

Estos cuatro aspectos juntos representan a la Divinidad suprema. Recorramos en la práctica este sendero que lleva a la Divinidad suprema y, paso a paso, comenzando desde la esfera inferior, llegaremos a la verdadera realización de Dios en nosotros. Alabemos al feliz hombre que alcance este sosiego en su vida terrenal. Barramos el temor a las fatigas, pues todos nosotros alcanzaremos alguna vez esta meta.

II. Las claves de la verdadera Cábala

Cábala es la ciencia de las letras, la ciencia de la palabra y del lenguaje. Sin embargo, que quede claro, de ningún modo es la ciencia del lenguaje intelectual, sino del universal. La denominación cábala es de origen hebreo. Algunos sistemas religiosos poseen otra denominación para esta ciencia.

En la presente obra mantengo la usual denominación cábala. Hablar de un modo cabalístico significa formar con letras palabras que se corresponden con ésta o aquella idea, conforme a las leyes universales. El empleo del lenguaje cabalístico debe ejercitarse de un modo práctico. Cábala es, en consecuencia, el lenguaje universal con el cual todo fue creado, es la encarnación de una o varias ideas divinas. Por medio de la cábala -es decir, por medio del lenguaje universal- Dios ha creado todo. A la cábala se refiere también Juan el Evangelista en la Biblia, cuando dice: «En el comienzo era la palabra y la palabra estaba en Dios». De este modo Juan expresa con claridad que Dios se sirvió de la palabra para crear por medio de ella y a partir de sí mismo.

Sólo aquél que se encuentra en condiciones efectivas de realizar de tal modo la divinidad en sí mismo que habla como divinidad, conforme a las leyes universales, puede ser considerado un verdadero cabalista. Por ello, el cabalista que trabaja de un modo práctico es un teúrgo, un Dios-hombre que, al igual que el Dios macrocósmico, puede emplear las leyes universales. Así como un mago ha realizado en sí mismo la unión con su divinidad mediante la iniciación obtenida y el desarrollo esforzado en el camino de la perfección y puede actuar en consecuencia, lo mismo sucede con el cabalista, con la sola diferencia de que el cabalista se sirve de la palabra divina para exteriorizar su espíritu divino. Todo mago verdadero

que domine las leyes universales puede transformarse en cabalista mediante la adquisición de conocimientos sobre la cábala práctica. Las estructuras sobre la cábala indicadas en numerosos libros son apropiadas tal vez para el teórico, para que éste pueda formarse una idea acerca de la legalidad, pero para la práctica, que promete la posibilidad de aplicar de un modo correcto la fuerza de la palabra, son insuficientes sin excepción.

De aquí se desprende con claridad que un cabalista perfecto es un hombre comunicado con Dios, alguien que ha realizado a Dios en sí mismo y como Dios-hombre se sirve del lenguaje universal, en tanto sus palabras se transforman simultáneamente en actos. En cualquier esfera en que se lo proponga, su lenguaje se vuelve realidad. En India, por ejemplo, se le da el nombre de *Wag* al hombre que trae a la realidad en el acto cada palabra por él pronunciada. En el *Kundalini-Yoga* se identifica este poder y facultad con el centro *Visudha*. Un cabalista perfecto conoce cada legalidad de la palabra microcósmica y macrocósmica, con lo cual la ley de la creación es aludida por medio de la palabra, y también sabe qué significa la verdadera armonía. Un verdadero cabalista jamás atentará contra las leyes de la armonía, puesto que él, con su lenguaje microcósmico, representa a la divinidad. Si se condujera de un modo distinto del que le muestra la ley de la armonía, no sería un verdadero cabalista sino un productor de caos. Desde el punto de vista hermético un cabalista o un teúrgo representa en su propio cuerpo a la divinidad macrocósmica sobre nuestra tierra. Lo que él pronuncia en el lenguaje original como representante de Dios, eso sucede, porque tiene el mismo poder que el creador, es decir que Dios.

Para alcanzar tal madurez y altura en la iniciación cabalística, el teúrgo debe por lo pronto aprender, como un niño, a entender las letras, debe dominarlas a la perfección para formar con ellas palabras y oraciones y hablar en el lenguaje cósmico. Cualquier

persona puede dedicarse a la verdadera cábala, práctica o teórica, más allá del sistema religioso al que pertenezca. La ciencia cabalística no es, por tanto, sólo un privilegio de los hombres que profesan la religión hebrea. Los hebreos, por cierto, sostienen la idea de que la cábala es de origen hebreo, pero en la mística hebrea el conocimiento sobre la cábala encuentra su origen en el antiguo Egipto. Todo estudio puede encontrar la historia de la cábala hebrea -origen, desarrollo, etc.- en la literatura pertinente, pues ya se ha escrito mucho sobre este aspecto.

A menudo se ha abusado de la expresión cábala; se la ha desacreditado como juego de números, predicción astrológica, correspondencia de nombres y otros diversos propósitos mánticos. Los números tienen, por supuesto, una cierta relación con las letras, como verá el lector en la parte práctica, pero éste es uno de los aspectos inferiores de la cábala, del cual no queremos ocuparnos aquí. La verdadera cábala no es una mántica que sirva para adivinar, ni es una astrología para interpretar horóscopos y tampoco es un juego de letras mediante el cual se pronostique sobre la base de diversos nombres.

Puesto que la verdadera cábala representa las leyes universales, es hasta cierto punto posible -cuando se la aplica de un modo correcto- una determinada armonía-analogía, en virtud de la correspondencia cósmica. Sin embargo, esto es adivinación común y corriente, y no tiene nada que ver con la verdadera ciencia del lenguaje universal.

Desde el punto de vista cabalístico el hombre es una encarnación perfecta del universo. pues ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. El hombre es el ser más elevado de nuestra tierra y todo lo que ocurre en grandes proporciones en el universo también ocurre en el hombre, por cierto en menor escala. Desde el punto de vista hermético el hombre es el pequeño mundo, es decir el microcosmos, por oposición al universo, el macrocosmos.

Un verdadero cabalista, que quiera trabajar en

efecto de un modo práctico en el marco de las leyes universales, esto es, que quiera ocuparse de la gran obra, debe poseer necesariamente un desarrollo mágico tras de sí y debe defender la verdadera visión, conforme a las leyes universales. Quien se contenta con la pura teoría, alcanza por cierto un saber cabalístico y enriquece además el aspecto intelectual de su espíritu, pero los otros tres principios fundamentales del espíritu quedan rezagados. Un teórico nunca estará en condiciones de comprender en forma correcta el meollo del saber, y menos aún de estar en condiciones de realizar algo. En caso de poseer buenas facultades intelectuales, podrá llegar a ser un filósofo cabalista, pero no un verdadero cabalista formado en la magia, que hace realidad la palabra pronunciada. De un teórico nace un científico, pero jamás un sabio. La diferencia entre un erudito y un sabio es muy grande. El mago, debido a su desarrollo mágico, obtiene lo que se propone por medio de su voluntad, pero en la unión divina no puede servirse de la verdadera palabra mágica, como lo hace el cabalista. Un mago que no se ocupa de la cábala práctica puede servirse por cierto de las facultades que ha cultivado en su interior y tiene además la posibilidad de poner a su disposición para sus trabajos, de acuerdo con sus deseos y propósitos, a diversos seres. Un cabalista, en cambio, obtiene todo por medio de la palabra cabalística, sin tener que recurrir a la ayuda de ningún ser, genio o semejante.

Desde el punto de vista hermético un verdadero cabalista es entonces el máximo iniciado, porque representa a la divinidad en lo pequeño, es decir, en el microcosmos y también puede producir efectos en el macrocosmos, en virtud de las leyes de la analogía. Allí radica la diferencia entre un mago y un cabalista, y por ello todo aquél que aspire a la perfección deberá ocuparse de la cábala también de un modo práctico. Un cabalista que participa de la gran obra es entonces escogido de ordinario por la Divina Providencia para determinadas misiones. Así pues,

el verdadero cabalista es siempre un representante de la creación; sin embargo, frente a las leyes universales es el último de los servidores. Cuanto más penetra en las leyes universales, es decir se inicia, tanto más humilde es con respecto a la Divina Providencia. En verdad se le ha concedido el máximo poder, que sin embargo jamás utiliza en beneficio de sí mismo sino sólo para el bienestar de la humanidad. El verdadero cabalista es el máximo iniciado, para quien desde el punto de vista universal no hay nada imposible, y una palabra por él pronunciada debe, sin excepción, transformarse en realidad.

A continuación me referiré a la diferencia que existe entre un *perfecto*, es decir, un verdadero iniciado, y un santo. El verdadero mago no necesita de ningún tipo de ilustración. No obstante, para aquellos lectores que toman mis obras sólo en su aspecto teórico, quede dicho que un *perfecto* reconoce todas las leyes universales, las respeta tanto en el gran mundo como en el plano material, mental y astral, y vive conforme a ellas, en tanto que el santo está orientado sólo hacia un sistema religioso y lo pone en práctica de acuerdo con sus dogmas y preceptos, pero no en todas partes; esto es, no mantiene el mismo paso en todas las esferas.

Quien tiende sólo a la santidad, descuida el cuerpo y el mundo material, considera a ambos como *maya* -ilusión- y realiza en su interior, mediante el entrenamiento que corresponda, sólo uno o unos pocos aspectos de las leyes universales. Estos hombres alcanzan un punto máximo en aquellos aspectos que se han impuesto como meta, ya sea que realicen en sí mismos el aspecto divino del amor, la misericordia, la indulgencia, etc. Estos hombres, entonces, ven las leyes universales sólo desde el punto de vista de su formación espiritual, pero no pueden comprender la imagen perfecta de la legalidad universal y menos aún reproducirla.

Desde el punto de vista hermético, semejante camino no es el perfecto y se le denomina «camino de

la santidad». Un verdadero iniciado, es decir, un cabalista, aspira en cambio a reconocer todos los aspectos divinos en la misma medida y a realizarlos en forma sucesiva en su interior. Este camino es, por supuesto, más largo y más difícil y una sola encarnación no alcanza por lo general para completarlo. Pero al verdadero iniciado no le importa si alcanza su meta en una o varias vidas. Para él el tiempo no desempeña ningún rol. Lo principal para él es la plena conciencia de que sigue el camino correcto.

1. Las leyes de la analogía

En todos los verdaderos sistemas religiosos, y por tanto también en la ciencia hermética, las leyes de la analogía tienen una gran importancia y desempeñan por ello un papel fundamental. En el universo todo ha sido creado conforme a una legalidad exacta y, en consecuencia, una cosa encaja en la otra con asombrosa exactitud, como un preciso mecanismo de relojería. En relación con la ciencia hermética, el estudio de la aplicación práctica de esta legalidad se denomina «Cábala». Todos los sistemas y métodos herméticos, todas las filosofías de la religión y los sistemas religiosos que no toman en consideración las leyes universales o lo hacen sólo en forma parcial, son unilaterales y por ello imperfectos. Los sistemas religiosos que sólo reconocen un aspecto de la ley y descuidan todos los demás, e incluso de vez en cuando los combaten, sólo pueden tener una duración limitada, aun cuando el momento de la caída llegue luego de cientos y miles de años. Sólo aquel sistema religioso que toma en cuenta en su doctrina las leyes universales absolutas tiene una existencia duradera y permanece por toda la eternidad.

2. El esoterismo de las letras

El secreto en torno a la palabra, mejor dicho, en torno al conocimiento de la palabra y al verdadero uso de la misma, es la máxima iniciación que existe. En todas las épocas, aquél a quien se designaba co-

mo «el señor de la palabra» era siempre el máximo iniciado, el supremo sacerdote, el verdadero representante de Dios. Cada sistema religioso, cada iniciación, contiene como ciencia suprema la palabra. Incluso en Jesús encontramos que Juan, su amado discípulo, se ocupaba de la palabra, y en consecuencia de la Cábala, lo cual en definitiva está asentado en su Evangelio, donde dice letra por letra: «En el comienzo era la palabra y la palabra estaba en Dios».

Ningún otro apóstol estaba iniciado de un modo tan profundo en el secreto de la palabra como Juan. Como «señor de la palabra» pudo realizar los más grandes milagros por medio de la misma. Y como la misma Biblia dice, este apóstol fue el único que murió de muerte natural. Esto pudo lograrlo sólo como cabalista, como señor perfecto de la palabra. Todos los otros apóstoles sufrieron la muerte por martirio. Como enseñan las tradiciones, muchos otros iniciados eran asimismo señores perfectos de la palabra ya milenios antes de Juan.

Cada palabra está formada por letras y cada letra expresa, en sentido esotérico, una idea, y con ello una fuerza, una propiedad, etc., que no sólo se pueden expresar únicamente con la letra, sino además con el número que se corresponde con la ley universal. En consecuencia, por medio de los números se hace comprensible la legalidad y por medio de las letras se manifiestan las ideas. El significado de cada una de las letras es análogo en los tres mundos conocidos por nosotros.

Debido a que el cabalista sabe expresar en letras el sentido de una idea y conoce con exactitud el número que conviene a cada idea, las letras poseen un significado por completo distinto del que poseen en el lenguaje intelectual. Por tanto, se da un valor cabalístico a la letra conforme a las leyes universales. El conocimiento de las leyes universales otorga al cabalista la posibilidad de expresar varias secuencias de ideas con las letras y por ende con los números

que les son análogos. Una palabra que se encuentra en relación con las leyes universales y que, en analogía con las letras y números correspondientes, ha sido formada con estas letras precisas, es una palabra cabalística, esto es, una palabra pronunciada en el lenguaje universal o cósmico. Para poder formar uno mismo una palabra cabalística se debe conocer con exactitud la analogía completa de las letras y los números.

El cabalista aprende a utilizar de un modo correcto una palabra formada según las leyes universales, en conexión con el mundo mental, astral y material y en conexión con los elementos. Aprende a pronunciar palabras y después incluso oraciones no sólo de forma intelectual, es decir con el entendimiento, sino con todo su ser. Sólo una palabra pronunciada de este modo resulta creadora. El verdadero fundamento de la mística cabalística práctica consiste en la pronunciación correcta de las letras en el espíritu, en el alma y, luego, también en el cuerpo. Igual que un niño, que al principio sólo puede balbucear y más tarde aprende a pronunciar letras aisladas y palabras, el cabalista debe aprender a hablar ese idioma cósmico y universal para poder resultar creador. Las letras tienen su significado análogo, que el cabalista debe conocer y dominar, en el mundo mental, astral y material, y también en los diversos planos y jerarquías.

De estas consideraciones se puede concluir que un teórico, que sólo es capaz de pensar en términos intelectuales y que concibe y comprende letras, palabras y oraciones sólo con el entendimiento, jamás estará en condiciones de actuar como un verdadero cabalista. Según su grado de madurez, interpretará la cábala siempre desde el punto de vista intelectual, es decir, sólo de una manera filosófica. En cambio, el cabalista práctico sabrá interpretar el sentido de cada letra, la idea y legalidad -número- con su espíritu, con su alma y, por fin, con todo su cuerpo, y utilizarlo de un modo práctico.

Con el esoterismo de las letras comienza el estudio de la cábala. Mediante la creación de ideas organizadas en leyes universales, Dios creó de sí mismo letras, y con las letras números, que se encuentran en perfecta relación analógica y representan todo el universo, desde lo más elevado hasta lo más bajo. La afirmación de Hermes Trismegisto, en el sentido de que lo que está arriba también es lo que está abajo, parece por completo fundamentada desde el punto de vista cabalístico. Las letras por medio de las cuales Dios creó de sí mismo las ideas que le convenían, están descritas con exactitud en *El Libro de la Creación, (Sefer Yezirah)*.

Durante la creación se originaron ante todo diez ideas fundamentales, que en la cábala son reproducidas por medio de los así llamados diez *Sephirots*. El número diez, por ejemplo, es un reflejo del número uno, es decir, un reflejo de Dios en su forma más elevada y en su emanación más baja. En virtud del conocimiento de las leyes de la analogía, el cabalista encontrará comprensible mi observación de que el hombre tiene diez dedos en las manos y diez en los pies en conexión con las diez ideas fundamentales. Con seguridad sospechará ahora una determinada condición, o una relación analógica, con las ideas fundamentales divinas y la *Sefer Yezirah*. El hecho de que en nuestra tierra cada número matemático se pueda reducir por suma (suma transversal) a los números del uno al nueve, tiene asimismo una relación cabalístico-analógica. En la cábala hebrea, por ejemplo, las combinaciones numéricas se conocían como *Gematra*.

Aquí me ocupo sólo lo absolutamente imprescindible, lo que es necesario para entender el sentido de la aplicación práctica de la mística cabalística, es decir, el uso de la palabra mágica. A quien le interesen tan sólo determinadas combinaciones numéricas en relación con los versos aislados de la literatura hebrea, le resta consultar la bibliografía pertinente sobre combinaciones numéricas.

3. El lenguaje cósmico

Algunos escritores mencionan en sus obras el lenguaje cósmico, al que de vez en cuando designan incluso como lenguaje uránico. Es posible que conozcan y comprendan algunas letras del lenguaje cósmico, pero hasta ahora nadie ha escrito con mayor profundidad sobre ello. El hermético ya sabe, por lo dicho, que por lenguaje cósmico se entiende el lenguaje de Dios o de la Divina Providencia, con el cual Dios como espíritu universal ha creado todo lo que existe en el universo, comenzando por lo más pequeño hasta lo más grande y lo más elevado; y lo ha hecho según leyes inmutables, en las cuales se expresa a sí mismo. Por ello sólo podemos comprender a Dios a través de su legalidad en el universo, poner en palabras la síntesis de sus leyes y expresarlo como máximo principio original, que resulte comprensible para cada hombre.

Comprender la cábala y utilizarla de un modo práctico significa aprender el lenguaje cósmico con ayuda de la legalidad universal. El lenguaje cósmico es, en consecuencia, un lenguaje de la ley, un lenguaje del poder y la fuerza y, al mismo tiempo, también de la dinámica, y con ello de la condensación, materialización y realización. Desde el punto de vista cabalístico, hablar de un modo cósmico quiere decir construir y crear en el ámbito de las leyes universales. Sólo los iniciados, que comprenden y dominan las leyes universales en su carácter absoluto, pueden hacer uso del lenguaje cósmico entre hombres y seres de otras esferas. Hablar de un modo cósmico, crear realmente, es decir, representar a Dios como su imagen fiel, sólo está reservado a aquél que sabe concentrarse en forma tetrapolar.

Por tanto, el lenguaje cósmico no es el lenguaje por medio del cual los seres se comunican mutuamente. La comunicación de los seres, sin distinción de jerarquías, se produce mentalmente gracias al así llamado lenguaje de representaciones. Los pensamientos son transmitidos en forma acústica, telepá-

tica o emotiva, de ser en ser por medio de representaciones simbólicas. El lenguaje de los seres es, por tanto, sólo un aspecto parcial del lenguaje cósmico y no es -puesto que es imperfecto- tan efectivo en términos mágicos, porque los seres, al comunicarse, no hacen uso de la tetrapolaridad. El lenguaje cósmico es el más perfecto, puesto que es análogo a las leyes, es decir que expresa las leyes universales en su causa y efecto. Por ello el lenguaje cósmico es el gran «Sea».

4. La palabra mágico-cabalística **-Tetragrámmaton-**

En innumerables escritos de los masones y de las sociedades secretas se habla mucho de la clave perdida, de la palabra de Dios extraviada. Rituales que estas sociedades practicaban son imitados en gran parte sólo por tradición, sin que se comprenda su sentido más profundo en relación con las leyes cósmicas. Es natural, en consecuencia, que los rituales, que una vez fueron introducidos y practicados por verdaderos iniciados, resulten por completo ineficaces, puesto que falta la clave para su práctica correcta. La clave para todos los rituales de las diversas sociedades debió extraviarse porque a los rituales les faltaba el misterio del imán tetrapolar. El imán tetrapolar es precisamente la palabra mágica extraviada: *Yod-He-Vau-He*, que, por lo común, es expresada con la palabra *Tetragrámmaton*. El uso de la clave debe haber proporcionado la verdadera fuerza mágica y el poder a los más antiguos misterios de los masones y de otras sociedades esotéricas, fundadas alguna vez por verdaderos iniciados. Sin embargo, los verdaderos iniciados vieron que muchas veces los misterios eran profanados, que incluso se abusaba de ellos, y por eso se retiraron y confiaron la palabra perdida sólo a los que eran auténticamente maduros. Por esto, el verdadero uso de la palabra extraviada *Yod-He-Vau-He* se perdió con el tiempo.

Dios ha expresado todo el universo, y con ello su

propia esencia en relación con la creación, con su legalidad, es decir, con el imán tetrapolar, con cuatro letras. La cábala hebrea eligió para estas cuatro letras la denominación *Yod-He-Vau-He*, que jamás debía ser pronunciada en voz alta y con frecuencia era expresada con el nombre *Tetragrámmaton* o *Adonai*. Por ello, el espíritu de cada hombre, que representa la imagen perfecta de Dios en la creación, tiene cuatro polos y -como ya se ha dicho repetidas veces- cuatro principios fundamentales que se corresponden con el nombre de Dios. El primer principio activo, subordinado al elemento Fuego, es la Voluntad (*Yod*); el segundo principio, subordinado al elemento Aire, es el Intelecto (*He*); el tercer principio, subordinado al elemento Agua, es el Sentimiento (*Vau*); y los tres principios fundamentales del espíritu, es decir, los tres elementos en conjunto, constituyen el cuarto principio activo, que se expresa en la Conciencia y es análogo al elemento Tierra.

5. Los Mantras

Con seguridad muchos lectores se preguntarán si por mística *mantra* quizá se deba entender cabalística oriental. A menudo, hasta aquellos lectores que ya se han dedicado al *yoga* y han estudiado sistemas *yoga* particulares no pueden formarse una idea clara de los *mantras* y *tantras*, y además de la cábala oriental. Una disertación completa sobre los *mantras* resultaría demasiado extensa, de modo que debo limitarme a instruir al lector interesado sólo desde el punto de vista de la ciencia hermética.

Todos los tipos de *mantras* no tienen nada que ver con el lenguaje cósmico que el cabalista aprende. Los *mantras* son oraciones que contienen una o también varias ideas en una sola oración, las llamadas fórmulas *mantras*, y ponen de relieve la fuerza o característica de una divinidad a venerar. Por ello, podemos considerar todos los *mantras* como plegarias y emplearlos en la práctica como apoyo de la meditación.

Por tanto, los *mantras* no son fórmulas mágicas y tampoco provocan una fuerza semejante. Los *mantras* son expresiones de ideas, que sirven a la veneración, a la unión con la fuerza, esencia, poder, propiedad, etc., a ellas atribuidas. En Oriente se denomina *Mantra-yogui* a todo aquél que utiliza los *mantras*, sin distinción de la vía de conocimiento que profese, sea que se dedique al *hatha-yoga*, al *raja-yoga* o a cualquier otro sistema de *yoga*. *Mantra-yoga* es, por tanto, el empleo de fórmulas de veneración de las divinidades y sus aspectos.

No sólo la religión india enseña los *mantras*, también lo hacen todas las otras religiones. Las letanías de la religión cristiana, por ejemplo, se pueden entender como *mantras*. Los *mantras* no sólo sirven para venerar a una divinidad, sino también para establecer una relación íntima con la divinidad o para expresar una idea divina en pocas palabras.

A qué ser se adore es una cuestión de cada individuo y se ajusta a su desarrollo espiritual, anímico y *kármico*. Da exactamente igual que el conocedor adore a Brahma, a Visnú, a Buda, a Adi-Buda, a Cristo, Alá, etc.; los nombres no tienen ninguna importancia. Lo que es importante es que reconozca y venera las ideas fundamentales de su divinidad en forma de propiedades universales, sin distinción de aspecto.

Por ello los *mantras* se adaptan a la postura religiosa de cada uno. Desde el punto de vista hermético no se recomienda utilizar los *mantras* de aquellas religiones que resultan extrañas al hermético.

6. Las fórmulas mágicas

Son decisivas para la cábala. Existen fórmulas mágicas *tántricas* que se apoyan en las leyes universales, pero por lo general se utilizan sólo para fines egoístas en el plano material. Las fórmulas mágicas *tántricas* están compuestas exactamente según las leyes universales y cada letra aislada contiene una legalidad conforme a la fórmula, con referencia a la

causa y efecto. El mago también debe utilizarlas en forma tetrapolar si quiere obtener el efecto deseado con la fórmula mágica que le ha sido confiada.

Además existen fórmulas mágicas que son transmitidas al mago por seres, pero que no tienen nada que ver con las verdaderas fórmulas *tantra*. No es necesario que tales fórmulas se correspondan con las leyes universales, puesto que el mago las obtiene de seres. Por lo común, cuando se emplean estas fórmulas mágicas no es la fórmula la que provoca el efecto deseado, sino el ser y el servidor subordinado a él. Sobre el tema he escrito en detalle en mi segunda obra, «*La Práctica de la Evocación Mágica*».

Otra clase de fórmulas mágicas es la siguiente: muchos hombres utilizan a modo de ritual una y la misma fórmula mágica con un propósito determinado, y con ello producen una batería o un voltio en el mundo invisible. Entonces, el voltio cargado provoca en el mundo invisible el efecto deseado. Esta clase de fórmulas mágicas también pueden emplearla con éxito hombres que no han cultivado su espíritu. Pero tiene la desventaja de que el espíritu del hombre que utiliza la fórmula se liga a la esfera de las energías de un modo tan fuerte que sólo con mucha dificultad puede liberarse de ella. Por ello, el uso de tales fórmulas mágicas es muy peligroso y no es aconsejable para ningún cabalista.

Existe otra clase de fórmulas mágicas, aquéllas en las cuales se repite una única palabra, sin tomar en cuenta si expresa una legalidad o corresponde a una idea determinada, hasta que actúa de forma dinámica y produce el efecto deseado. No es necesario poner especial énfasis en que la dinamización de una fórmula semejante requiere mucho tiempo y paciencia.

En consecuencia, existen fórmulas *tántricas*, es decir, fórmulas mágicas universales con carácter legal, y fórmulas mágicas relativas, construidas por un individuo, o bien por varios hombres juntos. Por lo regular, una fórmula mágica sirve -como ya hemos

observado- a fines personales, se trate de consecución de riqueza y poder o del dominio de seres, etc. Es evidente que las fórmulas mágicas también pueden ser empleadas en otros planos, para la obtención de un trabajo con motivos egoístas, sin distinguir si los efectos son provocados por un ser, un voltio o cualquier otra fuerza.

Para fines espirituales elevados no existen fórmulas mágicas semejantes. Para estos casos sólo existen combinaciones cabalísticas y *tántricas* que, por cierto, pueden ser consideradas como una especie de fórmulas, pero que contienen una legalidad universal muy definida y para cuya aplicación se debe recurrir, por supuesto, a la clave del *Tetragrammaton*.

Las muchas fórmulas que se citan en los grimorios sobre conjuros de demonios y otros seres negativos no tienen nada que ver con la pura y verdadera cábala ni con la pura y verdadera ciencia *tantra*. Estas fórmulas mágicas proceden de seres o bien han sido construidas en virtud de un poder ritualista o voltaico. Un verdadero mago y un verdadero cabalista considerarán indigno ocuparse de este tipo de fórmulas mágicas.

Considero que es mi deber escribir sobre ello a título informativo, para explicar la diferencia entre un *tantra* y una fórmula mágica y evitar confusiones. Aquellas fórmulas mágicas que aparecen en los cuentos maravillosos en conexión con magos, brujas, etc., contienen también un trozo de verdadera ciencia hermética, porque los cuentos maravillosos no son sólo puras narraciones, también son una reproducción simbólica de muchos misterios herméticos. Para un versado en la magia y la cábala, que entiende el lenguaje simbólico, los cuentos maravillosos revelan muchos misterios, puesto que está acostumbrado a observar todos los acontecimientos con ojos muy distintos a los de un hombre no instruido.

A un hermético no le parecerá sorprendente que tal vez ya en su juventud mostrara preferencia por cuentos maravillosos cuyo contenido recuerda con

placer aún en años posteriores, puesto que comprende su verdadero y elevado sentido, que sin embargo sólo puede ser leído entre líneas.

7. Teoría de la mística cabalística

Al cabalista le interesa ante todo el uso práctico de la palabra universal y por consiguiente el uso de las letras, que conduce al conocimiento del lenguaje cósmico. La mística cabalística tiene su origen en el lejano Este -en Oriente- y existe desde los tiempos primitivos. Desde los comienzos de la humanidad los iniciados han transmitido la mística cabalística a modo de tradición de una raza a otra.

8. Magia cabalística

Haré sólo una breve referencia a la magia cabalística, de modo que el lector pueda juzgarla en forma correcta.

Como se desprende de lo ya dicho, la mística cabalística tiene por objeto preparar el microcosmos, es decir el cuerpo, el alma y el espíritu, para el uso de las letras de un modo tal que el cabalista se encuentre en condiciones de servir al Creador, esto es, de actuar de un modo creador por medio de la palabra. En virtud de la ejercitación sistemática con ayuda de la voluntad, el intelecto, el sentimiento y la conciencia junto con la imaginación, cada letra recibe un significado por completo distinto del que posee cuando es pronunciada sólo con el intelecto. Las palabras formadas de un modo cabalístico, con una correspondencia exacta con las leyes universales, son palabras creadoras, poseen el mismo efecto que si fueran pronunciadas por Dios.

Hablar de un modo cabalístico significa crear algo de la nada. Éste es el mayor misterio que se revela y se hace inteligible al hombre: que el hombre se encuentra en condiciones, al igual que el Creador, de poner en movimiento de un modo consciente las leyes universales. Cada palabra pronunciada de un modo correcto en forma mágico-cabalística debe ha-

cerse realidad al instante. Un no iniciado jamás podrá desencadenar la energía de la letra en forma tetrapolar, puesto que no posee la facultad del espíritu, del alma y del cuerpo para pronunciar de un modo creador las letras y palabras cabalísticas.

Mística cabalística es, en consecuencia, la preparación de cuerpo, alma y espíritu para aprender y usar en forma práctica la palabra mágica, el lenguaje cósmico. La magia cabalística sólo entonces es factible: cuando el cuerpo, el alma y el espíritu están preparados conforme a las leyes universales, es decir, por medio de la clave del *Tetragrámmaton*.

III. La práctica de la evocación mágica

La magia es la más elevada de las ciencias que existen en nuestro planeta, ya que enseña las leyes, tanto metafísicas como metapsíquicas, que rigen en todos los planos. A esta ciencia se le ha llamado magia desde que se conocen datos sobre la humanidad; pero ha estado hasta ahora reservada a círculos especiales, en los que había, sobre todo, grandes sacerdotes y grandes potentados. Ellos eran los únicos que conocían la verdad y la mantenían en secreto. No sólo estaban familiarizados con la síntesis de su propia religión, sino con la de todas las demás.

Por otro lado, a la gente se le enseñaba la religión mediante símbolos únicamente. Pasaron muchos siglos hasta que se dieron a conocer a la humanidad unos pocos fragmentos de esta ciencia, de una forma velada, como era de comprender. Como la mayoría de la gente no había seguido ningún entrenamiento mágico organizado, no podían comprender estos fragmentos desde su punto de vista personal y, por consiguiente, transmitían su conocimiento de una forma incompleta y parcial. Ésta es la razón por la cual, sin exagerar, la ciencia mágica se ha mantenido en secreto hasta nuestros días.

El verdadero conocimiento de las leyes mágicas depende de la madurez espiritual del individuo. Para alcanzar esta madurez es imprescindible un entrenamiento previo. En realidad no hay milagros o, es más, no hay tampoco nada sobrenatural. Los datos y los efectos se mantienen en la oscuridad, porque la gente no es capaz de captarlos directamente.

La magia es una ciencia que enseña la aplicación práctica de las leyes, desde las inferiores de la naturaleza hasta las superiores del espíritu. La persona que quiera conocer la magia tiene que aprender primero a comprender el funcionamiento de las leyes

inferiores de la naturaleza para concebir las leyes que se levantan sobre ellas y, finalmente, las superiores. Dependiendo de la etapa que haya alcanzado el lector o de las leyes que esté tratando en un momento dado, con el fin de tener una mejor visión de conjunto, puede dividir la ciencia en tres grandes apartados: ciencia mágica interior, que abarca las leyes de la naturaleza y su aplicación, funcionamiento y control y puede, en todo caso, llamarse ciencia mágica natural; la etapa intermedia de la magia, que comprende la actuación, funcionamiento y control de las leyes universales que hay en el hombre, el microcosmos, el mundo pequeño; y, finalmente, la alta ciencia mágica, que comprende la actuación, funcionamiento y control de las leyes del macrocosmos, de todo el universo. Ya he mencionado la analogía que une a la magia inferior, la intermedia y la superior, y también he dado una explicación completa de la operación y funcionamiento de estos poderes.

La ciencia mágica puede compararse con la enseñanza escolar: la magia inferior es como la enseñanza elemental; la intermedia, la magia del hombre, es la enseñanza media, y la alta magia es la que se explica en la universidad.

Pero si, según la *Tabla Hermética*, el axioma universal válido para la magia es «como es arriba, es abajo» y viceversa, en términos estrictos no se puede hablar de magia inferior, intermedia y superior. En realidad, no hay más que una sola magia y el grado de madurez alcanzado por el mago es la medida de su evolución individual. Las leyes universales, tanto si se aplican con buenas intenciones como si se les aplica con malas intenciones, son siempre las mismas.

La aplicación de una ley depende del carácter y las intenciones del individuo. Si el mago utiliza sus poderes con buenos propósitos, puede adoptar por su cuenta la expresión de «magia blanca»; si los emplea con malas intenciones, puede hablar de «magia negra»; pero, tanto si las acciones del mago son mo-

ralmente buenas como si son malas, se rigen siempre por las mismas leyes.

El lector sensato tendrá la seguridad de que no hay magia blanca ni negra. Esta distinción la han introducido las sectas místicas y religiosas, ya que a la persona que no les gusta la llaman «mago negro». Haciendo una comparación significativa, pensad en lo disparatado que sería, por ejemplo, decir que la noche es mala y que el día es bueno. No pueden existir el uno sin el otro y ambos polos empezaron a existir cuando se crearon el microcosmos y el macrocosmos, para hacer que uno se distinguiese de otro.

Dios, el creador del universo, no ha creado nada confuso o nocivo. Esto no quiere decir que el hombre no pueda hacer que una cosa sea buena y/o mala. Existe la diferencia entre los conceptos para que el hombre pueda decidir cuál es la verdad, distinguiéndola de su opuesto, y dominarla. El verdadero mago no despreciará nunca lo negativo ni tampoco tratará de evitarlo. Permitirá siempre que lo negativo ocupe el lugar que le corresponde y le resultará tan útil como lo positivo. Es decir, el mago no piensa nunca que las fuerzas negativas son fuerzas malignas. Considerará el bien y el mal no desde un punto de vista religioso, sino desde el punto de vista universal.

La magia se ha confundido muchas veces con la hechicería y la brujería, por lo que quiero explicar brevemente la diferencia que hay entre magia y brujería. El verdadero mago sigue siempre las leyes universales, conoce sus causas y sus efectos y utiliza deliberadamente estos poderes, mientras que el hechicero utiliza poderes cuyos origen desconoce, aunque sea plenamente consciente de las consecuencias que trae el uso de estas fuerzas, porque desconoce las leyes universales. Podría conocer una o dos leyes, o tener un conocimiento parcial de ellas; pero no ve las verdaderas conexiones que hay entre la operación, el desarrollo y el funcionamiento de estas leyes universales, ya que no ha alcanzado la madurez necesaria.

Por otro lado, el verdadero mago, que no quiere estar considerado como hechicero, no hará nunca nada sin tener pleno conocimiento de lo que hace. El hechicero no tiene derecho a llamarse mago.

Un charlatán es una persona que trata de engañar a los demás. No es un hechicero ni un mago. En realidad es, hablando claro, un embaucador. A los charlatanes les gusta alardear de facultades mágicas que no tienen y rodearse de un velo de secreto místico para ocultar su ignorancia.

Estas personas son las responsables de la mala fama que se le ha dado a la verdadera ciencia de la magia. Las características de un verdadero mago no son el secreto ni la pompa exterior, sino todo lo contrario. Es modesto e intenta siempre ayudar a la gente y explicar a las personas maduras los secretos de la magia.

Naturalmente, no confiará sus secretos a las personas que no tengan la madurez necesaria para recibirlos, para evitar la degradación de la ciencia sagrada. Nunca demostrará el verdadero mago su conocimiento de la ciencia mágica con su comportamiento exterior. Un verdadero mago difícilmente se diferencia de un ciudadano normal, ya que siempre trata de adaptarse a cualquier otra persona, situación o estado. Su vida mágica es interior y no necesita el esplendor externo.

1. Las Ayudas Mágicas

Aunque un verdadero mago es capaz de hacer todo con sus poderes, conseguidos como consecuencia de la madurez espiritual adquirida a través de su evolución por los caminos de la magia, queda a su decisión el valerse de la magia ceremonial y utilizarla con todas sus ayudas, en la medida en que le parezca oportuno.

La ventaja que ofrece la magia ceremonial está en que, con el uso repetido y constante de un mismo instrumento mágico, se pueden conseguir resultados sin recurrir a la fuerza personal del mago.

La magia ceremonial permite trabajar más fácilmente con las fuerzas ocultas, utilizando diversas ayudas. En realidad, todos los aparatos auxiliares, todos los instrumentos mágicos, son ayudas para la conciencia y la memoria del mago. Concentrando su atención en un instrumento, pasan a su conciencia las facultades y poderes que simboliza dicho instrumento.

Tan pronto como, en un acto de evocación, el mago toma en sus manos cualquiera de sus instrumentos, establece el contacto que pretende y consigue los resultados que se propone, sin hacer ningún esfuerzo especial. Si, por ejemplo, coge con la mano la varita mágica, que representa su voluntad absoluta, se establece inmediatamente el contacto con el espíritu que quiera, gracias a esta varita, por medio de la voluntad del mago. Lo mismo ocurre con todos los demás instrumentos mágicos, ya que también simbolizan fuerzas, leyes y cualidades espirituales.

El mago que quiera llevar a cabo un ceremonial mágico ha de ser muy meticuloso con sus instrumentos mágicos, ya que hay que tratarlos con una veneración casi religiosa. Su valor aumenta con su uso cuidadoso, exacto y atento. Los instrumentos mágicos son como reliquias sagradas y ayudan al mago a crear el ambiente de templo que se necesita para la magia ceremonial. En el momento de su utilización, el mago ha de estar casi en un estado de éxtasis total. Si se utiliza algún instrumento para alguna finalidad distinta de la magia, pierde su eficacia y ya no se puede volver a utilizar para su finalidad original.

Como muchos instrumentos mágicos necesitan que el mago tenga en su conciencia un sentimiento especial de respeto, hay que mantenerlos fuera de la vista de las personas que no están iniciadas, para evitar su profanación.

Antes de coger sus instrumentos mágicos, el mago ha de seguir un proceso de limpieza mental, mediante la oración o una meditación adecuada. No tocará nunca un instrumento mágico si no está perfec-

tamente preparado para la ceremonia. Ha de ser siempre consciente de que toda ayuda o instrumento mágico simboliza las leyes divinas y que, por consiguiente, hay que tratarlos como reliquias. Los instrumentos sólo darán resultado si están en manos de un mago que tiene en cuenta todo esto.

2. El Círculo Mágico

El verdadero círculo mágico representa el trazado simbólico del macrocosmos y el microcosmos, o sea, el horizonte perfecto. Representa el Principio y el Fin, el Alfa y Omega, así como la Eternidad, lo que no tiene principio ni fin. Por tanto, el círculo mágico es un diagrama simbólico del Infinito, de la Divinidad considerada en todos sus aspectos, tal como puede ser comprendida por el microcosmos, por el verdadero adepto, el mago perfecto.

Trazar un círculo mágico significa simbolizar lo Divino en su perfección, para entrar en contacto con Él. Esto ocurre sobre todo, en el momento en que el mago se pone de pie en el centro del círculo mágico, pues, mediante este acto, se demuestra gráficamente el contacto con la Divinidad. Es el contacto del mago con el macrocosmos en su escalón más elevado de conciencia.

Por tanto, desde el punto de vista de la verdadera magia, es completamente lógico que el hecho de estar de pie en el centro del círculo equivalga a ser, en la propia conciencia, una unidad con la idea universal.

Desde esta perspectiva, uno puede ver claramente que un círculo mágico no es sólo un diagrama de protección para protegerse de influencias negativas, aunque sea cierto que este contacto espiritual con el Altísimo produzca seguridad e inviolabilidad. El mago que está de pie en el centro del círculo mágico está protegido contra cualquier influencia del tipo que sea, tanto buena como mala, porque él mismo, en realidad está simbolizando la Divinidad del universo.

3. El Triángulo Mágico

Contrariamente al círculo, que representa el símbolo del infinito, la adhesión divina, el Alfa y Omega, el triángulo mágico es símbolo de la manifestación de todo lo creado; brevemente dicho: absolutamente de todo aquello que existe. Sin verdadero conocimiento del carácter simbólico correspondiente al triángulo, así como respecto de todos los demás medios auxiliares, sería completamente imposible realizar trabajos rituales o ceremoniales.

Cuanto más se sepa sobre la analogía de la cifra mística tres, tanto más se puede penetrar en el simbolismo del triángulo representativo y tanto más fácilmente puede manifestarse también la fuerza que se desea atraer. Exponer aquí todo el simbolismo de la cifra tres y sus correspondencias llevaría demasiado lejos. Sólo puedo hacer aquí algunas sugerencias que sirven al mago como norma.

El triángulo es ante todo un diagrama del conocido mundo tridimensional, entendiéndose aquí por mundo tridimensional el mundo mental, astral y material. Toda fuerza deseada, que en el plano material es proyectada hacia el exterior, tiene que atravesar los tres planos.

El diagrama nos muestra el triángulo con el vértice hacia arriba, indicándonos cómo, partiendo de arriba, dos fuerzas se separan por los lados hasta llegar a una línea límite, momento en el que dejan de existir. Un aspecto general de estas dos líneas divergentes nos muestra las dos fuerzas universales, esto es, el *plus* y el *minus*, electricidad y magnetismo, las cuales une la línea inferior.

Con esto queda simbolizado el manifestado mundo de la causalidad, el que bajo el punto de vista astrológico se expresa en Saturno y en la cifra tres. En el plano mental, esta cifra simboliza la voluntad, la inteligencia y el sentimiento; en el mundo astral, la fuerza, la legitimidad y la vida; y en el plano materialista, como he referido, el *plus*, el *minus* y lo neutral.

Jamás se podría invocar una fuerza o ser determinado en un círculo sin un triángulo, si consideramos que el círculo es únicamente símbolo del infinito y no símbolo de manifestación.

Ningún mago pasa por alto este principio fundamental. No obstante, podría invocarse también una fuerza o ser en otra figura que no fuese un triángulo, cosa ésta que se hace cuando se trata de fuerzas o seres inferiores generalmente, pero tratándose de fuerzas superiores jamás dejará el mago de trazar el correspondiente diagrama; en nuestro caso, el triángulo inmediatamente después del círculo.

El mago sabe también que el círculo representa lo ilimitado y que el triángulo es el primer diagrama o figura geométrica, en el que un ser, una fuerza o cosa análoga, es proyectada.

4. La Naveta Fumigatoria Mágica

Muchas son las personas que creen erróneamente que el ser o fuerza deseada tiene que aparecer con sólo llevar a cabo el incensado y una citación, y resultan después muy decepcionados al constatar que el éxito perseguido ha resultado nulo o sólo parcial, y lo que es peor, además, es que éstos se convierten en víctimas incluso de su propia fantasía y de las más diversas alucinaciones. Por esta razón, quiero revelar seguidamente al lector el significado simbólico de la naveta fumigatoria.

El simbolismo de la naveta fumigatoria oculta ante todo el secreto de la materialización y concentración de la fuerza que se haya deseado invocar. Por no haber conocido y no conocer esta realidad más que muy pocos adeptos, es por lo que resultan erradas muchas invocaciones en las que el propósito perseguido es el de intentar obtener la exteriorización de un ser.

5. El Espejo Mágico

El empleo del espejo mágico en la magia ritual sólo es recomendable en casos aislados, por la litera-

tura hasta hoy publicada, dado que el uso de condensadores de fluido, en relación con los espejos mágicos, solamente era conocido por muy pocos adeptos y fue siempre guardado como un gran secreto. El espejo, a decir verdad, no es necesariamente indispensable, pero el mago recurre para su trabajo, y de buen grado, a este medio auxiliar, concretamente cuando opera con seres o fuerzas menos inteligentes. El espejo mágico puede de vez en cuando sustituir al triángulo. Más ventajoso todavía resulta un espejo mágico dotado de un condensador de fluido, bastando no obstante, en caso de necesidad, un espejo mágico óptico.

Bastará aquí con exponer de breve manera el fin para el que sirve este elemento en una evocación y cómo facilita el trabajo del mago.

El espejo mágico puede pues, en la magia ritual, ser empleado para los fines siguientes:

1. Para el establecimiento del contacto con seres y fuerzas y para la contemplación de éstos. En esta operación, el espejo es colocado bien sea en el triángulo o, lo que es más ventajoso aún, fuera de éste, sobre la cúspide. Seguidamente debe procederse a la dotación mágica o impregnación. La carga o la impregnación se lleva a cabo seguidamente con la acumulación de fuerza deseada. La concentración del deseo para el fin previsto se produce en la fuerza acumulada, «voltio», por medio de la imaginación, incluso antes de la evocación.

2. Se puede hacer la impregnación de un espacio con ayuda de un espejo mágico, operación en la que la dinámica necesaria se mantiene automáticamente durante toda la evocación, sin que el mago tenga que dedicar especial atención a esto, lo que le permite en cambio ocuparse completamente de las demás fases del rito, como, por ejemplo, de la materialización y contemplación. En este caso, el espejo es colocado en un rincón del local, de manera que la influencia se extienda a todo el campo de actividad.

3. Sirve asimismo de magneto de atracción para el

ser deseado. Para este fin, y por medio de la imaginación en la dirección deseada, la superficie superior del espejo tiene que ser cargada como corresponde con un condensador de fluido. El espejo tiene pues que ser colocado, bien sea en el centro del triángulo o bien sobre la cúspide de éste.

4. Éste se emplea también como acumulador en el que, mediante la imaginación y acumulación, se concentra mucha fuerza cualitativa y cuantitativa, lo que permite al ser producir el efecto deseado. En este sentido, no importa si mediante esta acumulación de fuerza el ser adquiere una forma visible o si debe producirse otro efecto u otro resultado. Todo ello es cosa que depende de la voluntad y deseo del mago.

5. Asimismo puede el espejo hacer el servicio de un teléfono. Para conseguirlo, el condensador de fluido debe ser cargado con *Akasha* y, mediante la concentración de deseo (imaginación), se procede a establecer el estado de incorporeidad y perennidad. La evocación es entonces y respectivamente citada hacia el interior del espejo, convirtiéndose éste, de esta forma, en un teléfono telescópico. Por este método, no sólo es convocada una fuerza o ser, sino que este último se encuentra también en condiciones de hablar desde el espejo al exterior con una voz audible para el mago. Esta voz se escucha como desde un altavoz, no solamente mental y astralmente, sino también físicamente en muchas ocasiones. Cómo y para qué esfera quiere el mago disponer su espejo, es cosa que depende absolutamente de la discreción de éste. Un espejo cargado para el plano físico ofrece, a personas con escasa formación mágica, la posibilidad de percibir físicamente la voz de un espíritu. También, dicho sea de paso, pueden dos magos con equivalente formación mágica, mediante este método del espejo, y aun separados por la mayor de las distancias, conversar, no sólo mentalmente y anímicamente, sino también físicamente y, de la misma forma que ocurre con una emisora de radio, escucharse físicamente.

6. Otra posibilidad que nos ofrece el uso del espejo

mágico en la magia ritual consiste en la protección contra las influencias indeseables. La acumulación de fuerza luminosa es para éste la forma habitualmente más empleada. Al proceder a la carga, la concentración del deseo ha de ser encauzada de forma que las influencias indeseables puedan ser neutralizadas. La potencia luminosa de un espejo mágico cargado de esta forma tiene que ser tan grande como para que un ser indeseable, espectro u otro análogo, no se acerque ni siquiera a la proximidad del área de trabajo, y menos aún se atreva a entrar en ésta. Con esta finalidad, también es posible instalar el espejo de forma que éste ilumine el área de trabajo por completo.

En la mayor parte de los casos, se empleará únicamente un espejo mágico para cada propósito y para aquellas operaciones que parezcan más difíciles. Si así lo desea, puede el mago, en las ceremonias mágicas, hacer uso de varios espejos como medio auxiliar, si con ello resulta más fácil su labor.

6. La Linterna Mágica

Sobre esta herramienta, conocida como la Linterna Mágica, fueron hechas igualmente algunas alusiones en los grimorios y en los libros antiguos.

La Linterna Mágica constituye también, en la práctica de la magia ritual, un recurso muy importante, del que el mago se servirá cierta y seguramente de buen grado. La Linterna Mágica es el símbolo de la inspiración, de la cognición, de la experiencia, de la intuición, así como de la iluminación interior. Brevemente dicho, todas las analogías simbólicas son representadas por la Linterna Mágica. Partiendo del punto de vista hermético, el acto de encender la Linterna Mágica significa activar la iluminación interior del mago y atizarla hasta producir la llama. Del misterio de la Linterna Mágica forma parte al mismo tiempo también el color, entendiéndose por tal, en este contexto, la calidad, vibración y oscilación de la luz.

La calidad de un ser o de un plano se pone de ma-

nifiesto en la calidad del color -puro o mezclado- que corresponde al carácter del ser en cuestión. Cuanto más clara, más luminosa y más resplandeciente se haga la coloración de la atmósfera de un ser o de un plano, más alta, más inteligente y más pura será la calidad con la que se tendrá que ver. Los seres inferiores o negativos se manifiestan por un oscuro, turbio y, por ello, impuro color.

7. La Varita Mágica

En la magia ritual, el más importante de los medios auxiliares es, y seguirá siéndolo siempre, la varita mágica. Desde tiempos inmemoriales se ha presentado al mago, e igualmente al hechicero, siempre provisto de una varita mágica. Charlatanes y prestidigitadores se sirven hoy todavía de la varita mágica, con la que simulan todos los juegos de manos posibles. Aquél que suponga suficiente tomar en la mano una varita mágica para obtener milagros, está en un error. A continuación describo el significado simbólico y, al mismo tiempo, la síntesis de la varita mágica, partiendo del punto de vista mágico, tanto teóricamente como también para su aplicación práctica.

La varita mágica es, ante todo, un símbolo de voluntad, de la fuerza y del poder con los que el mago impone su influencia a aquellas esferas para las que ésta ha sido confeccionada y dotada de la correspondiente fuerza mágica. Por esta razón, y para el ejercicio de sus funciones, no poseerá el mago una varita únicamente, sino que se hará confeccionar varias, según lo que se proponga hacer y conseguir con ellas.

El objeto real de una varita mágica consiste en que con ella proyecta el mago su voluntad al exterior y a cualquier plano o esfera.

Varias son las funciones que puede tener una varita mágica. Primero, para la sugestión de todos los seres, sin distinción entre género humano y animal. Segundo, para la cura de enfermedades y eliminación de influencias perniciosas. Tercero, para la in-

vocación de genios superiores y evocación de espíritus y demonios.

La afirmación, pues, de que la varita mágica simboliza el poder absoluto del mago está enteramente justificada. Aquella persona que haya comprendido el misterio de la varita mágica en toda su amplitud, jamás operará sin este medio auxiliar, sobre todo si se trata de magia ritual.

Una varita mágica, cualquiera que sea el material y forma de confección, es a la vez un condensador que, dotado convenientemente de la voluntad del mago, otorga expresión a un cierto poder. Existen varitas mágicas corrientes, sencillas y compuestas. Bajo el concepto de varita mágica corriente se entienden todas aquellas que son de madera tallada. Según sea el fin previsto, empléese en su confección la madera que a este fin más corresponda o convenga.

Para las varitas de virtudes se emplea el sauce o avellano. La varita de virtudes es, a saber, una especie bastarda de varita mágica. Una varita hecha de madera de fresno puede muy bien ser empleada para todos los trabajos mágicos. No obstante, y tratándose de magia ritual, el mago sólo la usará para aquellas dotaciones decisivas para el tratamiento de enfermedades. La varita de saúco, como consecuencia de su analogía con Saturno, es una varita de particular eficacia y recomendable para las evocaciones o citaciones en general, así como para la invocación de espíritus elementales y demonios. También pueden ser confeccionadas con madera de sauce para todo fin y para cualquier operación mágica, dado que el sauce es un excelente condensador de fluido. Todo lector atento recordará haber leído que este árbol, debido a su gran contenido de agua y a su capacidad de absorción, es azotado con preferencia por los rayos. No en vano se dice en tiempo tormentoso: «¡Huye de los sauces y busca el abrigo de las hayas!». Pero también la madera de encina y de acacia son excelentes y muy apropiadas para la confección de varitas mágicas.

8. La Espada Mágica, Daga y Horca de Tres Puntas

Hay evocaciones de seres negativos o bien de algunos que no se trasladan por su elección a la atmósfera terrenal, y para esos seres, suponiendo que el mago persista en su manifestación, se emplea la espada mágica, sobre todo cuando la varita es insuficiente. La espada mágica tiene varias significaciones simbólicas, pero representa generalmente el símbolo de la absoluta obediencia de un ser, o de una fuerza, frente al mago. Es al mismo tiempo símbolo de la victoria y de la superioridad sobre cualquier fuerza y cualquier ser. Análogamente a la luz, la espada es también un aspecto del fuego y, por consiguiente, de la palabra.

La espada mágica es imprescindible para aquellos magos que se dedican exclusivamente a la demonología y que por tanto no obtendrían jamás nada positivo sin el empleo de la espada. Al mago verdadero le basta en la mayoría de los casos su varita mágica. No obstante, no dejará de armarse de un instrumento mágico como la espada para tenerlo al alcance de la mano en caso de necesidad. La espada ofrece al mago mayor seguridad y solidifica su autoridad. En sus operaciones, particularmente cuando se trate de evocaciones, utilizará la espada únicamente cuando alguna fuerza cualquiera quiera hacerle frente o negarle obediencia.

En algunos grimorios se habla de daga en lugar de espada. La daga mágica no es otra cosa que una espada pequeña, pero que tiene la misma propiedad simbólica.

Para la invocación de demonios o espíritus inferiores, la espada o la daga pueden ser reemplazadas por una horca de tres puntas, montada a un mango de madera de forma parecida a un tenedor. La horca de tres puntas es, como la espada y la daga, un medio coercitivo. En los grimorios se recomienda además dotar a la horca de tres puntas con grabaciones de diversos nombres divinos.

La elección que se haga finalmente es cosa completamente individual y depende del fin de la evocación y de la posición del mago. La horca es, al mismo tiempo, una ampliación simbólica de la espada, con la que mediante las tres puntas se proyecta la atención sobre el mundo tridimensional. El mago puede, con esta fórmula, obligar a los seres a satisfacer su deseo; esto es, no sólo en el plano mental, sino en el astral, y también en el mundo material e incluso en los tres planos al mismo tiempo.

Mediante el viaje mental puede el mago transponer la forma espiritual de la espada al plano mental e, idénticamente, como ocurre con la varita, armado con la espada puede visitar las distintas esferas mentales, haciendo valer allí, con sus instrumentos mágicos y a la medida de sus deseos, su influencia.

De lo expuesto se deduce claramente que todo ser de aquellos planos tiene que obedecerle. El mago tiene la posibilidad, en las operaciones mágicas como las evocaciones, de transportar con la mano mental, mediante la imaginación, la forma mental de la espada al plano respectivo y desde allí obligar al ser a acatar su voluntad. Parecida presión sólo puede ser ejercida sin peligro por un mago absolutamente sincero y de alma pura. Si un hechicero se jactase de realizar algo parecido, no haría más que atraerse el odio de esos seres, que le someterán a su influencia infalible.

9. La Corona o Gorro del Mago

Para toda operación ritual mágica, sin distinción, tanto si se trata de una evocación, de una invocación o de otros trabajos rituales mágicos, el mago debe cubrirse la cabeza. El cubrecabeza puede ser una corona de oro, en la que se hallen grabados los signos mágicos; tan bien como esta corona puede ser empleado un gorro u otro cubrecabeza, que debe llevar los signos del microcosmos y el macrocosmos, o bien el símbolo de la divinidad, con la que el mago está en contacto, o bien cuya forma adopta y simboliza.

Los símbolos habrán de ser pintados con buena pintura, o bien bordados o aplicados con seda. Un símbolo es, por ejemplo, un hexágono situado en el centro de dos círculos, en cuyo espacio interior se habrá de aplicar el microcósmico símbolo del hombre, esto es, el llameante pentagrama. Si el mago se borda él mismo el gorro o bien se lo hace bordar, puede simbolizar los círculos con pintura dorada, como signo del infinito, los triángulos con pintura color plata, como signo de la creación del universo, y para el pentagrama llameante que se encuentra en el centro es apropiado elegir el color blanco o violeta.

Como sustitución del cubrecabeza, que puede semejar a un gorro o turbante, bastará también una faja de seda, llamada asimismo turbante del mago, que de color blanco, violeta o negro, éste ostentará sobre la cabeza. La frente es adornada por el símbolo macrocósmico o microcósmico que se ha descrito precedentemente, que es bordado o bien reproducido sobre papel pergamino en los colores correspondientes.

En lugar del símbolo macrocósmico puede, en caso necesario, elegirse otro signo que simbolice la relación con la divinidad. El mago puede, por ejemplo, aplicar también el signo de la cruz, que simboliza al propio tiempo las fases *plus* y *minus*, y cuyos extremos representan los cuatro elementos; incluso un rosario puede ser adecuado; es decir, una cruz con siete rosas en el centro, mediante lo cual se hace igualmente alusión a los cuatro elementos, al *plus* y *minus* y a los siete planetas con los que el mago está en relación. Éste no está supeditado sólo a un cierto símbolo; puede, a la medida de su discreción y mediante varios símbolos, expresar también su nivel de desarrollo espiritual, su objetivo, su madurez, su relación con el cosmos y aplicar este simbolismo a su gorro o turbante de mago.

Como ya se ha hecho observar, la corona, el gorro o el turbante constituyen, cada uno por sí solo, un símbolo de la dignidad que expresa la autoridad

del mago. Es asimismo un símbolo de la perfección de su espíritu, de la armonía con el macrocosmos y el microcosmos; es decir, con el inmenso y el pequeño mundo. En este sentido, es la más alta expresión de su poder mágico, con la que corona simbólicamente su cabeza.

Todos los utensilios, sea el gorro, la corona o el turbante, tienen que ser confeccionados con el mejor material y deben servir exclusivamente para fines rituales. Tan pronto como estos instrumentos hayan sido terminados y probados, deben ser consagrados por la meditación y el sagrado juramento de que el mago los ostentará sobre la cabeza cuando se identifique con la idea de la adhesión divina, usándolos únicamente para las operaciones mágicas, que son las que requieren esta simbólica forma de manifestación.

Al prestar juramento, el mago coloca su mano derecha sobre el cubrecabeza, concentrando en ello su firme imaginación de que en el mismo instante en que lo coloca sobre su cabeza queda establecida la comunicación con la divinidad, o bien con el símbolo del poder aplicado y expresado en el cubrecabeza. Después de prestar juramento, el mago deposita su cubrecabeza mágico junto a los demás instrumentos.

Al estar el mago preparado para la evocación mediante la meditación apropiada al caso y colocarse el cubrecabeza, entra inmediatamente en contacto con su divinidad, sintiendo no sólo en sí mismo, sino en todo el local o lugar donde opera, una atmósfera de templo.

Como puede apreciarse, también el cubrecabeza es un importante componente del instrumental mágico, al que dedicará igualmente su mayor atención. De un gorro se sirven también los hechiceros, sobre el que están grabados signos mágicos de demonios, pero sólo muy pocos de ellos tienen conocimiento de su verdadero significado, del correcto manejo de éstos y menos aún de su verdadero carácter simbólico. No obstante, el mago que todo lo haga de manera

consciente no puede caer jamás a la altura de un hechicero y no hará nada que le resulte incomprensible. Cualquier acción tiene para él un fin especial.

El color del hábito que se escoja corresponde al trabajo que se piense realizar, a la idea y al objeto de la actuación del mago. Pero, en general, éste elegirá uno de los tres colores universales. El color violeta corresponde al del *Akasha* y sirve para la casi totalidad de las operaciones mágicas. El color blanco únicamente será adecuado para el hábito cuando se trate de mentes buenas y superiores. El color negro rige sólo para mentes y fuerzas negativas.

Con estos tres colores puede el mago realizar casi todas las operaciones rituales. Puede así proveerse de tres hábitos, uno de cada uno de los mencionados colores.

10. El Cinturón Mágico

De esta vestidura litúrgica forma parte también el cinturón mágico que, rodeando la cintura, mantiene recogido todo el hábito. Este cinturón será confeccionado por lo general con el mismo material que el hábito y el gorro, aunque también puede no obstante utilizarse uno de cuero, que habrá de ser del mismo color.

Los magos antiguos preferían los cinturones de piel de león, que para este fin era transformada primero en cuero, del que luego se confeccionaba el cinturón. La piel de león era símbolo de fuerza, de potencia y dominio.

La significación simbólica del cinturón hace efectivamente alusión al dominio sobre los elementos, esto es, alude al equilibrio mágico. Ambas mitades del cuerpo, la parte superior y la parte inferior, unidas por el cinturón, simbolizan la balanza.

El símbolo elegido puede ser grabado o pintado en el cinturón, o bien bordado sobre el cinturón de seda. El dibujo simbólico del equilibrio y de su dominio de los elementos obedece a un diseño elegido por el mago según su propio criterio. Puede, por

ejemplo, dibujar un círculo, en cuyo centro interpone un pentagrama con la cúspide hacia arriba y en el centro de esta segunda figura puede añadir un triángulo, como signo del dominio sobre los elementos en los tres mundos. En el centro del triángulo encuentra lugar apropiado una cruz de brazos iguales, como signo del principio *plus* y *minus*, así como del equilibrio.

También procede el mago en este caso como hemos indicado que debe hacerse con el hábito y con el gorro; bendice el cinturón mágico, jurando al mismo tiempo no hacer uso de él nada más que con el hábito y sólo para fines rituales. El cinturón es guardado junto con el hábito en el mismo lugar en el cual se recogen todos los otros instrumentos mágicos.

11. Otros Medios Auxiliares Mágicos

Tal cual ha procedido el mago con los instrumentos mágicos ya descritos, puede proceder con los demás medios auxiliares que necesita para sus fines rituales. De éstos existe todavía un gran número y sería demasiado amplio mencionarlos aquí todos, dado que estos instrumentos auxiliares mágicos se rigen por el objeto y fin para los que deben ser confeccionados; así por ejemplo, para escribir y grabar los talismanes el mago necesita material de escribir con tinta, lápiz de grabar, agujas para bordar, lana y seda de bordar, papel pergamino, pintura y, para ciertas operaciones, también sangre sacrificada: la llamada *crisma*, con la que se unta él mismo ciertas partes del cuerpo y sus instrumentos.

También necesita sal, incienso y otros productos fumígenos, un látigo, que emplea de igual manera que la espada, atribuyéndole el mismo carácter simbólico. Además de esto, el instrumental puede incluir una cadena, que representa el significado simbólico de la unión del macrocosmos y microcosmos con todas sus esferas. La cadena es al mismo tiempo un símbolo de la incorporación en la gran hermandad del mago, así como de su inserción en la jerar-

quía de los seres del macrocosmos y microcosmos. La cadena puede ser llevada colgada del cuello, como si fuese una joya. Su significado expresa la voluntad del mago de ser considerado un miembro de la unión de todos los auténticos y verdaderos magos.

Para determinadas operaciones mágicas suele emplearse también una copa, como símbolo de la sabiduría y de la vida, de la que el mago ingiere el alimento sagrado -la Eucaristía- y el sacramento de la comunión. La copa llena de vino sirve aquí de forma idéntica que en la comunión cristiana, dotar al vino de fuerza divina (calidad). Al transformarse en su divinidad, el mago bendice el vino, hace de él sangre divina (sabiduría, potencia y vida). Durante la interrupción temporal del trabajo, el mago bebe el vino transformado, haciéndose así partícipe del santo sacramento.

Otro medio auxiliar para la evocación mágica, tradicionalmente presente en la liturgia, es la campana. Ésta es fabricada, conforme a las prescripciones aceptadas, mediante *electromagia*. Esto es, se utiliza una mezcla o aleación de todos los metales que correspondan a los planetas.

La campana es solamente empleada por el mago cuando quiere atraerse la atención del mundo invisible mediante sonidos rítmicos. El número de campanadas y el ritmo corresponden al número de ritmos de la esfera respectiva, con la que el mago quiere ponerse en contacto. Pero este método, de linaje oriental, es muy poco utilizado por los verdaderos magos occidentales.

12. El Pentáculo, Lama o Sello

La diferencia entre un pentáculo y un sello reside en que el primero, el pentáculo, representa un símbolo universal de un poder concreto, para lo cual es necesario dotarlo con la propiedad inherente al poder respectivo, sea con la ayuda de la varita mágica o mediante la imaginación.

El pentáculo tiene como objeto ejercer sobre un

ser una influencia que infunda profundo respeto y dependencia, para que éste obedezca a la voluntad del mago. El símbolo universal es elegido siguiendo una orientación religiosa. Puede, por ejemplo, ser el mismo símbolo universal del poder, que el mago ha bordado o grabado sobre su cubrecabeza (bien sea sobre la corona, el gorro o el turbante de mago); esto es, un hexágono formado por dos triángulos, en cuyo centro se encuentra un pentágono o pentagrama. El centro del pentagrama está ocupado por una cruz de brazos equivalentes. Pero también una cruz en solitario puede servir de símbolo universal.

Muchos magos se sirven del pentáculo *Salomonis* como símbolo coercitivo para todos los seres. Como quiera que sea, el mago no elegirá un símbolo cuya representación gráfica no comprenda perfectamente, porque no podría manifestar la necesaria autoridad para coronar con el éxito su propósito. Únicamente es la comprensión de la significación del símbolo lo que le permite adoptar la actitud más adecuada en cada caso.

Esto debe tenerlo el mago siempre presente. Empleará, por esta razón, únicamente símbolos que resulten comprensibles y que representen inequívocamente su idea del poder invocado.

Un sello, en contraposición con el pentáculo, es la representación gráfica de un ser, una fuerza o plano, cuya calidad corresponde al ser respectivo por la que es puesto de manifiesto el símbolo.

Existen diferentes clases de sellos:

1. Los tradicionales son aquellos que, o bien fueron obtenidos por telepatía, o bien entregados por seres en sus visitas astrales a las distintas esferas. Con este sello reaccionan algunos seres sólo cuando un mago sabe situarse en la esfera de su poder concreto. La reserva de energía, con la que el mismo sello es cargado como efecto o consecuencia de su uso, refuerza la influencia del mago sobre el ser respectivo.

Debido a las frecuentes copias e imitaciones de

los sellos, han surgido muchos errores, de forma que los sellos han resultado estropeados, a veces incluso intencionadamente, para hacer así más difícil el éxito del mago que con este material trabaja, o incluso para hacerlo completamente imposible. Un mago que tenga su juicio astral bien despierto, puede, aplicando el principio del *Akasha* -en trance- y mediante su concentración sobre el sello, cerciorarse de la legitimidad del mismo, teniendo así la posibilidad de corregir el sello eliminando los errores.

2. Existen sellos universales, que tanto simbolizan la calidad y el radio de influencia como también las propiedades de la mente. Mediante una representación gráfica y considerando las leyes de la analogía, puede uno mismo confeccionarse un sello y dotarlo con las propiedades del espíritu respectivo por medio de la imaginación. Ante tales sellos tiene entonces que reaccionar el ser o ente, sin resistencia alguna.

3. Hay sellos que un mago cualquiera puede confeccionarse conforme a su propia discreción, sin que para ello tenga que regirse por relaciones analógicas de ningún tipo. Tales sellos tienen que ser sometidos a la aprobación de seres, como es natural. La aceptación de un símbolo supone que el mago se traslada espiritualmente a la esfera del ser, haciéndole a éste jurar sobre el sello, su forma, su grabado, etc. Este juramento aporta la garantía de que el ser reaccionará ante el simbolismo del sello en cuestión.

El lama semeja un símbolo universal, sólo que no representa al microcosmos y al macrocosmos, sino que pone de manifiesto de forma simbólica la autoridad espiritual y psíquica, el criterio y la madurez del mago. El lama viene siendo normalmente sobrecosido al hábito a la altura del pecho, o bien grabado separadamente, como un amuleto, sobre un metal apropiado, o bien pintado sobre un papel apergaminado. El lama expresa mediante su simbólica nota la completa autoridad del mago.

El talismán es empleado en operaciones mágicas,

mayormente en aquellas situaciones en las cuales se requiere protección contra influencias indeseables, o cuando el mago, con la ayuda de las operaciones mágicas, quiere obtener un éxito sensacional. Un talismán puede ser la presentación gráfica de las propiedades y capacidades con que ha sido dotado el objeto. La dotación es efectuada por el mago o por un ser que es invocado con este objetivo específico. Si la dotación es ejecutada por un ser, la energía consumida en la operación se obtiene de la energía fluidica del ser o de su reserva. No obstante, también en este caso pueden grabarse signos tradicionales, que, o bien fueron transmitidos por un mago a otro, o bien fueron entregados por los mismos seres. Por último, los talismanes también pueden consistir en signos que el mago somete a la aprobación de los seres.

La preparación de un pentáculo, de un lama, sello o talismán para fines rituales debe respetar las analogías con el plano del ser, y respecto de los elementos, planetas o signos zodiacales, con metales determinados, grabándose los signos y símbolos que correspondan. También es posible grabar estos signos sobre una placa de cera pequeña, que se hará de cera pura de abeja y que luego es dotada según las fórmulas que hemos reseñado anteriormente. Se pueden también confeccionar sellos, pentáculos y talismanes con papel pergamino, sobre el que se dibujarán o pintarán los símbolos con el color de norma y en tinta china.

Los antiguos grimorios prescriben un pergamino virgen. Se entiende aquí como pergamino virgen un papel fabricado con piel de ternera procedente de aborto o parto prematuro. Pero el auténtico mago no necesita este tipo de requisitos; un trozo de simple papel de pergamino, del que mediante su imaginación aleja todas las perversas influencias, le presta exactamente el mismo servicio. Para un sello o pentáculo puede el mago emplear también un papel secante impregnado por un condensador de fluido, no debiendo entonces dibujar el símbolo con pintura lí-

quida, sino con lápiz blando de color, para que al pintarse el sello las pinturas no se corran y sobrepongan unas con otras.

La dotación mágica de un sello, pentáculo, talismán o lama se lleva a cabo con un dedo, con el que se recorre el signo, concentrándose en el sello, lama o pentáculo la propiedad deseada, mediante la imaginación. Se sobreentiende que durante esta operación debe tener lugar una comunicación con el Altísimo, de suerte que no es el mago el que dota el sello, sino la divinidad a través suyo, es decir, a través del cauce de su cuerpo.

En lugar de operar con el dedo, el mago también puede servirse de una varita mágica, con la que realiza la dotación mágica del talismán o del sello. Que un talismán así tratado tenga después un efecto mágico, es algo que queda fuera de cualquier duda, dado que, mediante este proceso que acabamos de describir, el talismán o pentáculo se convierte en una reliquia sagrada.

13. El Libro de Las Fórmulas Mágicas

En todas las obras hasta hoy publicadas que tratan de la magia ritual, el libro mágico, el libro de las fórmulas de invocación para el espíritu o ser respectivo que se pretende atraer, es considerado generalmente como el elemento más importante en magia. Este tema, sin embargo, viene siendo constantemente y de tal forma malentendido, que resulta absolutamente imprescindible informar con exactitud sobre cuál es su función precisa desde el punto de vista hermético.

Quede dicho de antemano que aquél que crea suficiente la simple obtención de un libro, por el que le inculca al espíritu las fórmulas imperativas de invocación, más aún, que le basta simplemente recitar mecánicamente las fórmulas para que se le aparezca sin demora el ser deseado, abriga una opinión completamente errónea.

Todos los grimorios que hasta la fecha han pasa-

clo por mis manos, tanto si proceden de tiempos antiguos o contemporáneos, desgraciadamente y sin excepción, adolecen de la misma carencia en lo que se refiere a la explicación de la función del libro de las fórmulas mágicas.

Los verdaderos adeptos se ríen de la mistificación y se compadecen de aquéllos que, por una errónea suposición, no pueden obtener éxito alguno. Por una parte, con todo derecho, se ha escrito muy vagamente sobre la magia formulada, sin descubrir jamás, en absoluto, el verdadero secreto, con el objetivo de evitar cualquier profanación.

Dado que este libro está destinado exclusivamente a personas de un nivel críticamente alto y muy calificado, y que efectivamente sólo las personas maduras están en condiciones de alcanzar el éxito con estas instrucciones, me he decidido a hablar abiertamente sobre este aspecto del tema.

El denominado libro de las fórmulas no debe ser interpretado literalmente. La designación de «fórmulas mágicas», como se menciona en los grimorios, servía por una parte de capa para encubrir determinadas opiniones. Mediante la utilización de términos bárbaros -palabras, nombres- se trata, en el fondo, de sustraer la conciencia del operador de su estado normal, transportándole a otro estado alterado en el que está en situación de ejercer una influencia sobre el ser.

Los éxitos que un operador sin preparación puede alcanzar son generalmente alucinaciones, delirios, fantasmas, o, en la hipótesis menos desfavorable, resultados imperfectos, que no quiero describir más detalladamente.

Estos fenómenos, calificados como *médiums místicos*, suponiendo que se trate efectivamente de tales fenómenos, son el resultado final de una exteriorización del subconsciente. A veces, sobre esta base, se pueden formar también fenómenos elementales y, en los casos de fuerte capacidad de emanación, incluso son considerados erróneamente como los seres

invocados. Una persona cuyos sentidos astrales no estén muy bien desarrollados no está en condiciones de controlar ni distinguir este tipo de fenómenos de los seres. Quede pues nuevamente advertido que no se debe practicar magia ritual si no se está bien preparado para ello.

Además de las grandes decepciones, pueden producirse perturbaciones en la salud. Pero un verdadero mago, que haya realizado completamente su formación y esté calificado para actuar, puede ejercer la magia ritual sin peligro y con absoluta seguridad. Este arte de magia no es un terreno de ensayos sobre el que deban hacerse experimentos, sino que es el esquema de un proceso de trabajo bien definido, en el cual el mago maduro puede operar fácilmente, pero sólo una vez que su fuerza y habilidades hayan sido desarrolladas hasta la madurez.

El libro de las fórmulas, llamado injustamente también «El libro de los espíritus», es, en el fondo, el auténtico diario mágico de aquéllos que operan ritualmente, el documento en el que fija de forma escalonada su proceso de trabajo en la magia ritual, para proceder concienzudamente y lograr sus objetivos.

En este punto, se preguntará más de un lector por la razón de que algunas fórmulas, frases de conjuro y otras similares hayan resultado mutiladas. Desde tiempos inmemoriales la magia era un privilegio de altas castas, propiedad de soberanos, reyes y pontífices. Para que las puras verdades e ideas, sugerencias espirituales y similares no se hicieran populares, se idearon diferentes denominaciones -las llamadas fórmulas- cuyo sentido y significado sólo era conocido por los adeptos.

Las claves de desciframiento sólo fueron transmitidas a las personas maduras, susurradas al oído, al mismo tiempo que se estableció el castigo más severo por su profanación. Como consecuencia de este imperativo de secreto, esta ciencia siguió siendo desconocida hasta el día de hoy y continuará, en ade-

lante, oculta y mística, aunque sea publicada. El profano inexperto lo considerará todo como una fantasía urdida sobre razonamientos falaces. Según el grado de madurez y de susceptibilidad espiritual, el profano tendrá siempre para esta ciencia su opinión y explicación personal. Las cosas más secretas no perderán jamás su carácter de tradición oculta y serán muy pocos los que puedan sacar de aquello que se publica auténtica utilidad. Si uno de tales libros de fórmulas cae en manos de profanos sin el conocimiento de las verdaderas claves, no se revela en rigor ningún secreto. No hay que olvidar que ningún provecho puede sacarse de la realización literal de dichas fórmulas, que sólo son una ayuda nemotécnica para el auténtico mago, es decir, un plan esquemático para guiar su trabajo ritual.

Por esta razón, se explica el hecho de que algunas veces las palabras más absurdas fueron calificadas de fórmulas de brujería, que servían para llamar a un ser determinado.

El libro de las fórmulas no es ningún manual de desciframiento, sino un auténtico libro de anotaciones, en el que el verdadero mago traza todo el proceso de su trabajo, desde el principio hasta la finalización de la operación mágica. Si éste no está absolutamente seguro de que el libro no ha de caer en manos de nadie, procede entonces a dotar un punto tras otro con denominaciones ficticias. El hecho de que tales denominaciones caigan en manos profanas, como es obvio, no supone la revelación de ningún secreto.

En lo que se refiere al contenido y a la estructura del libro de las fórmulas, citaré a continuación sólo unas pocas reglas, que el verdadero mago suele seguir:

1. Objeto de la operación.
2. Elemento, fuerza y plano que entra en consideración.
3. Elección del lugar donde la operación mágica ha de llevarse a cabo.

4. Preparación de todos los medios auxiliares necesarios para la operación.

5. La propia operación mágica.

6. Adopción de la forma divina que está por encima de todos los seres respectivos, es decir, establecer contacto con la respectiva divinidad, incluyendo atributos y propiedades, etc.

7. Trazado del círculo mágico con el pensamiento en Dios. Si se opera con círculo mágico aplicado sobre un lienzo, paño u otro parecido, repasando el contorno de éste.

8. Trazado del triángulo mágico.

9. Disposición del incensario, e incluso quema de incienso si es necesario .

10. Encendido de la lámpara mágica.

11. Dotación mágica del sello, pentáculo o lama del ser deseado. Dotación mágica del espejo mágico, si se hace necesario, y de varios, cuando para fines especiales se trabaja con dos o tres espejos.

12. Colocación de la vestidura y preparación meditada de la protección, pureza, etc...

13. Colocación del cubrecabeza, corona, gorro o turbante del mago, y meditación sobre la adhesión a Dios.

14. Ceñirse el hábito con el cinturón mágico, adoptando una actitud de fuerza y dominación sobre la totalidad de las fuerzas, particularmente de los elementos.

15. Colgado de la espada en el cinturón mágico, en actitud de meditación y concentrándose sobre la victoria absoluta.

16. Dotación renovada y orientación simultánea de la varita mágica, que el mago sostiene en la mano derecha. Convicción de que su absoluta voluntad se realice.

17. Penetración en el círculo con el simultáneo sentimiento de adhesión y simbolización del microcosmos y el macrocosmos.

18. Suspensión en el espacio mágico, es decir, exclusión de los conceptos y de la vivencia del tiempo y el espacio.

19. Renovado contacto con la divinidad.

20. Traslado de toda su personalidad al plano respectivo del espíritu, con todos sus instrumentos mágicos.

21. Orden a la fuerza o potencia del plano o del ser que es llamado, y concepción imaginaria de la forma, en la que el ser deseado ha de aparecer en el triángulo o espejo mágico.

22. Regreso con su conocimiento al espacio de trabajo.

23. Transmisión al espíritu de la orden o deseo, lo que debe comunicar o ejecutar el mismo espíritu, sobre cualquiera que sea el plano.

24. Terminado el trabajo, remitir con el conocimiento el ser a aquella esfera de la que fue llamado y conclusión de la operación mediante una oración de gracias.

25. Recogida y puesta a resguardo de todos los instrumentos mágicos.

26. Anotación de todo el transcurso de la operación, del tiempo, éxito, etc., en el libro de las fórmulas.

Así, o de forma parecida, tiene el auténtico mago que concebir el libro de las fórmulas.

Aquél que haya adquirido un adiestramiento suficiente en materia de cábala puede valerse para su traslado mental a éste o aquél plano, del nombre del dios que a aquel plano convenga. Pero estos recursos sirven empero únicamente como medios auxiliares, como puntos de apoyo para la mente, de los que el verdadero mago no podrá tampoco prescindir.

En la primera operación éste puede estar un poco inseguro, pero con el tiempo aprende a conocer todo cuanto necesita para alcanzar una perfecta maestría. ¡No hay atajo sin trabajo!

14. En La Esfera de los Seres

El verdadero mago no debe emprender nada para lo cual no posee de antemano conocimientos exactos y no debe actuar si no es capaz de tener una

idea clara del propósito que persigue con su acción mágica. Como el lector pudo deducir ya del capítulo precedente, referente al libro de las fórmulas, es absolutamente importante conocer con exactitud la correspondencia de los instrumentos mágicos y su manejo, pues sin conocimiento exacto del simbolismo y de la analogía de los instrumentos mágicos no se hallaría en situación de introducir en éstos la carga o impregnación mágica que requieren para ser eficaces. En este caso, sería también incapaz de adoptar un estado de meditación para elevar su espíritu a la esfera mental. Sus medios auxiliares mágicos resultarían completamente ilusorios y caería hasta el nivel de un prestidigitador corriente, no pudiendo imponer su autoridad mágica frente al ser ni hacer valer su influencia.

El mago lo hace todo conscientemente; tiene anotadas todas las formas de operar, de manera sistemática y de antemano, en su libro de fórmulas, quedando así su espíritu y mente unidos indisolublemente a sus instrumentos, con sus virtudes, dotaciones, etc. De la misma manera que tiene una correcta orientación sobre sus instrumentos, tiene que estar exactamente instruido también sobre el dominio de los seres con los que quiere trabajar. Tiene que poder dar una opinión clara sobre la existencia y el efecto del ser, para lo que sus propias experiencias le pueden también ayudar considerablemente, siempre que él haya visitado ya las distintas esferas con su cuerpo mental.